

AIXA DE LA CRUZ

CAMBIAR DE IDEA



AIXA DE LA CRUZ

Cambiar de idea



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@cabalodetroyaeditorial



@caballotroyaed



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Anabel, para Ainhoa, para Maritxu y para Arrate.
Por mí y por todas mis compañeras.*

Nada puede ser tan malo
como eso que hicimos y nunca recordamos,
como eso que nos hicieron y nunca perdonamos.

MALA RODRÍGUEZ, «Lluvia»

Accidente

Es julio de 2017. Iván y yo deambulamos de ciudad en ciudad porque el piso que me presta mi abuelo en temporada baja está alquilado. Mis vacaciones son un desahucio encubierto. Esta noche la pasamos en Madrid con June, en su casa con vistas a Palacio que cada sábado por la noche se convierte en un after para escritores y políticos de izquierda. Ahora hay cargos públicos entre nuestras filas y necesitan drogarse en privado. Solo dejan de actuar, de ser institucionales, representantes del pueblo, cuando acceden a la intimidad de un salón con pocos muebles y muchas baldas de novelas *literarias*. Nos emborrachamos sin tregua para hablar sin tregua y, mientras lo hacemos, siempre hay alguien que le dice a otro: deberías escribir sobre esto, sobre tu experiencia con los autobuses, por ejemplo, sobre aquella vez en Córdoba, a los dieciocho años, cuando te montaste sola en uno que jamás alcanzó su destino porque tu compañera de asiento comenzó a apretarte la mano gritando me ahogo, me ahogo, me está dando un infarto, y aunque era evidente que tenía un ataque de ansiedad, avisaste al conductor, y este llamó a la ambulancia, y entre una cosa y otra, cuando al fin llegaste al barrio periférico al que te dirigías, el centro de planificación familiar estaba cerrado y tuviste que abortar por la seguridad social, que era a lo que te negabas por miedos que no resultaron infundados: te atendió una ginecóloga cuya consulta estaba decorada con estampas de la Virgen del Rocío y te obligó a rellenar un cuestionario que te pareció humillante y no te sonrió ni una sola vez. Y luego a los diecinueve te mudaste a vivir a Oviedo con un mexicano sin papeles que te pidió matrimonio y el día antes de la boda, de camino a la estación, tuviste que parar en Correos para echar la solicitud de una beca y le pediste que se adelantara, que te esperara en el andén, y la cola de Correos era inmensa, entregaste el paquete y saliste corriendo, pero a pesar de la carrera el bus se fue a Bilbao sin ti y con tu futuro marido dentro, y aquel matrimonio fracasó pero la beca te la concedieron, y con ella escribiste una novela que todavía te parece digna.

June dice que estas historias contienen el sustrato de un buen cuento. June grita que solo escriben autoficción los señores aburridos y solemnes, y las señoras judías. Que Vivian Gornick no tiene ni idea de lo que es una madre difícil. Que visto el fracaso cosechado, quizás vaya siendo hora de subastar nuestras vísceras. En pleno apogeo étlico, todo el mundo habla de lo mucho que quiere escribir, pero nadie escribe. Surgen otros planes. Me ofrecen cocaína, por ejemplo, y mi atención se dispersa. Monologo ante un cargo de Podemos. Le reprocho que su formación no esté

capitalizando los resultados que obtuvieron en Euskadi. Me siento una autoridad en la materia hasta que confieso que yo jamás los he votado, y me da la risa. Hay una chica que está de MDMA por primera vez y le encanta el tejido de mi camiseta. Le encantan los letreros luminosos que se ven por la ventana, las cosquillas de un reguero de sudor que le atraviesa la nuca, las imágenes ralentizadas como si el cinematógrafo se hubiera atascado. Me da envidia y quiero estar en su cuerpo, así que engullo una piedrita de cristal a pesar de que las drogas ya no son lo que eran antes. Me arrepiento ahora de la resaca de mañana. Todo se desgasta por el uso.

Despierto en la cama de invitados con el sistema de recompensas del cerebro en rebeldía. Me duelen las mandíbulas y tengo escoriaciones en la lengua. Para entender la depresión clínica solo hace falta imaginarse a una persona para quien todas las mañanas de su vida sean como esta. Escucho las voces de Iván y de June en el salón, pero no estoy preparada para estar con nadie. Alargo la mano hacia el teléfono móvil y comienzo a revisar mensajes no leídos, que es una forma de reincorporarse al mundo poco a poco. Después de contestar a mi madre y de ignorar a los que han seguido de fiesta hasta las doce, llego a un audio de mi amiga Zuriñe que llevo varios días ignorando.

Hola, Aixa, me parece ridículo contarte esto por WhatsApp, pero pensé que sería peor que te enteraras por ahí... El 26 de junio tuve un accidente muy grave, me empotré contra un camión de camino al trabajo y... no sé, es como si todo fuera un sueño, porque no perdí el conocimiento y eso que los bomberos tardaron hora y media en sacarme del chasis, pero lo recuerdo como si no me hubiera pasado de verdad... Mi novio dice que soy tan obsesa del control que no pude dejarme ir ni entonces... Y... pues tengo todos los huesos rotos, la cadera hecha trizas por mil sitios, pero son solo eso, huesos, y la gente no para de repetirme que es un milagro que lo pueda contar. No sé... Es todo muy loco. En *El Correo* salió una nota sobre el accidente y había fotos de cómo quedó el coche y mi madre comenzó a recibir llamadas de gente que me daba por muerta, pero ahora no te pongas a buscar esas fotos, ¿vale? Que te conozco y eres una morbosa. En fin, era solo para que lo supieras, y para que no te asustes. Todavía no quiero que me hagan visitas, pero cuando esté mejor igual te pido que vengas a verme, ¿sí? Para que me cuentes tu verano y tu vida interesante y me ayudes a reírme un poco. Pero ahora estate tranquila, por favor. Ya ha pasado todo.

Lo primero que hago es buscar las fotos, obviamente. El coche parece una mariquita con las alas desplegadas; el motor descubierto y, a cada lado, un flanco de carrocería roja apuntando al cielo. De Zuriñe solo son visibles el vial que sostiene un bombero en alto y los manchurroneos de sangre en la puerta del conductor. Me quedo muy quieta esperando una respuesta emocional que no llega y sé que esto ya me ha pasado antes, en esta misma ciudad, cuando vivía con mi exnovio en un ático de Malasaña. Hoy es mediodía y entonces era medianoche. Habíamos estado bebiendo con un escritor de paso y volvía a casa deshecha, exprimida por aquel futuro talento de nuestra generación. Paré en el *vending* de la esquina a comprar un sándwich de atún y, sin quitarme ni el abrigo ni los zapatos, me senté a la mesa y comencé a masticar. Con la mano que me quedaba libre

desbloqueé el teléfono móvil y supe al instante que había pasado algo porque tenía catorce llamadas perdidas de Muriel y de Javitxu, y cientos de mensajes de WhatsApp del grupo de mi cuadrilla de Bilbao. Habían encontrado muerto a Gari. Juan estaba frente a mí y notó que pasaba algo. Se lo conté. Han encontrado muerto a Gari. Y entonces cogí mi sándwich y lo arrojé a la basura, porque se supone que estas cosas te quitan el hambre y era incomprensible que quisiera seguir comiendo. Pero qué hambre tenía. Si me hubieran escaneado el cerebro se habrían encontrado con que el único centro emocional activo era ese, el del hambre. Me encerré en el baño a llorar, a forzarme a llorar, pero no me salió nada. Al menos, pensé, Juan se creará que lo estoy haciendo.

Vuelvo a escuchar el audio. Me cuesta identificar esta voz que se desliza de puntillas, porque no es la voz de la campeona del fútbolín que disolvía peleas a gritos, ni la de la traductora simultánea, sino la de una adolescente asustada a la que nunca conocí. ¿O será que no distingo a Zuriñe porque hace casi un año que no nos vemos? Hace casi un año que no veo a casi nadie. La redacción de mi tesis me tuvo recluida de enero a junio, diez horas al día en mi burbuja frente a la playa en invierno, con el teléfono apagado, el pelo sucio y una alimentación paupérrima a base de latas de atún que ha transformado mis pechos en dos legajos de piel con pezones; seis meses de exención de cuidados hacia fuera y hacia dentro. Soñaba con la fecha en la que depositaría mi tesis, con las vacaciones, con retomar el contacto con mis seres humanos afines, pero no he sabido volver. Sigo desnutrida, indiferente, sin ninguna obligación y siempre demasiado ocupada para quedar con mi madre o responder a un maldito mensaje de WhatsApp. Cuenta con los dedos. Diez días. Has tardado diez días en dignarte a escuchar a Zuriñe, que se acordó de ti en cuanto recobró la conciencia.

La autocompasión me pega mucho más fuerte que las imágenes sensacionalistas, peor que la sangre y la carrocería deshecha, y llegan las reacciones somáticas que buscaba. Llorando, irrumpo en el salón donde mi performance de culpa tendrá su público. Declamo entre hipidos: ¿qué pensará de mí? ¿Qué se piensa de alguien que tarda diez días en contestar al anuncio de que casi mueres? Porque tiene desactivado el doble check, o sea que no podía saber si había abierto el mensaje o no, si estaba siendo una hija de puta o una grandísima hija de puta.

Iván y June me observan atónitos desde el sofá. La sorpresa les borra los signos de resaca. Dejan de ser cadáveres hermosos, con las líneas de expresión difuminadas por la sobrecarga de serotonina, y hacen muecas, activan sus músculos faciales y sus arrugas de cuasi-cuarentones para procesar mis mañas de cuasi-treintañera. Mejor no les confieso que últimamente me fijo mucho en las arrugas, sobre todo en las mías, en las que me imagino que tengo. Por las mañanas, en el espejo con bombillitas del tocador, me miro y me veo arrasada. Una de mis neurosis recurrentes es que voy a envejecer pronto y mal por culpa de mis excesos. Me obsesionan los poros dilatados y las líneas de expresión porque son el indicio de que la fiesta dejará huellas. Que la fiesta se

acabó hace un rato lo entiendo ahora. Que la gente se accidenta y sufre y muere parece que también, y eso que las señales me rondaban desde hace un tiempo, desde que mi tía enfermó de cáncer y Gari se tragó una bolsa con cinco gramos de cocaína y Jaime dejó de salir de noche porque las luces de las discotecas se le transformaban en espectros con forma de serpiente. Cosas que pasan. Material para esa novela de autoficción que no le debemos al mundo.

Iván me saca del drama unipersonal que protagonizan mis rumiaciones, de vuelta al presente: pero ¿Zuriñe está bien? Lo que significa: ¿saldrá de esta? Y June, siempre tan empática con los derrumbes ajenos, me ataca: ¿y a ti solo te importa lo que piensen de ti? La intento mirar con odio pero no me sale, así que agacho la cabeza y encajo el golpe. Al fin y al cabo tiene razón. En este relato el único dolor que existe es el mío. Zuriñe es simbólica. Su cuerpo se ha roto, pero su cuerpo no está aquí para confrontarnos. Dependo de un coche para el desguace que nunca le vi conducir y de un relato oral que tampoco funciona porque el dolor físico impugna el lenguaje, destruye el mundo, como dice Elaine Scarry. Necesitaría ver sus heridas, o alguna herida a la altura, pero en este salón solo tenemos tatuajes y cicatrices. Con la yema de los dedos repaso los contornos de mi gran accidente, minúsculo en comparación con el de mi amiga y, aun así, la única experiencia que nunca se me vuelve recuerdo, quizás porque perduran las marcas. Tienen formas caprichosas. Ya no son tan oscuras como al principio —sus contornos se han desdibujado y comienzan a cubrirse de vello muy fino—, pero siguen revelando cartografías de ficción. La más extensa parece Madagascar. La acompañan, como en un archipiélago, cinco islotes de orografía serpenteante. Y aunque las zonas más afectadas fueron mis espinillas, conservo peñones solitarios en los antebrazos y en el pecho. ¿Cómo se habrá marcado el cuerpo de Zuriñe? ¿Tendrá el rostro decorado con incrustaciones de cristales?

Busco inspiración en los cuerpos de mis amigos. La ceja izquierda de Iván está partida por una sutura muy antigua de cuando su hermana le arrojó un tenedor como si fuera una daga voladora. A June le oculta el pelo una brecha de diez puntos en la zona parietal del cráneo que se hizo en un cursillo de natación, contra el bordillo de la piscina. A Iván todavía se le notan los desgarros del antebrazo con los que aprendió que hay perros a los que no les gusta que los niños les acaricien las encías. June rememora que en una excursión del colegio estuvo a punto de matar a un compañerito al que arrojó de un empujón contra las piedras del rompeolas de Arminza. Yo expongo mis extremidades sobre la alfombra, las muestro como si fueran mercancía a la venta, y constato que, pese a los destrozos, soy la única que llegó a la adolescencia sin puntos de sutura. Mis primeras cicatrices de rodilla son de una ortoscopia a los quince años. Dos líneas breves, regulares. Poco después de la operación, me caí por las escaleras de la calle Ronda tras haberme bebido medio litro de kalimotxo de trago por una apuesta con Javitxu, y aterricé sobre un pivote de tráfico. Me clavé la punta y la herida fue tan sucia que nunca cicatrizó por completo. Tengo un vacío de carne cubierto por dos centímetros de tejido transparente. No hay rastros anteriores a

2003. Es como si mi cuerpo nunca hubiera sido el de una niña o no tuviera memoria de haberlo sido. Soy hija de los miedos de mi madre, quien afirma que ser madre es descubrir el miedo. Su lema antes del parto era «Lo que tenga que pasar, pasará». Su vida después del parto fue la de un guardaespaldas. Me cuenta que aprendí a andar muy pronto y que me seguía a cada paso, vigilando que no tropezara, y que solo fracasó una vez. Estábamos en el pueblo de mis abuelos, donde el peligro es menos inminente, y alguien había roto unos cascotes en las escaleras de la iglesia. Tropecé y caí sobre ellos. Me incorporé tan tranquila, absorta en la sangre que me manchaba las manos porque era la primera vez que sangraba, y entonces me vio. Dio un grito que paralizó a todo el pueblo y que me arrancó el llanto. Cuanto más gritaba ella, más lloraba yo. Y así ha sido desde entonces. A los dieciocho entré en la edad adulta con un bautismo de aceite hirviendo mientras mi padre y ella estaban de viaje y me negué a avisarles. A lo largo de aquellas semanas de vendas, pomadas de plata, picores y curas aprendí casi todo lo que sé sobre el dolor. Que me resulta más tolerable cuando estamos a solas. Que requiere de una concentración absoluta. Que aísla el ruido. Que se distrae con más dolor. Esto lo descubrí en mi primera cura, en la sala de la UCI en la que una enfermera tosca me arrancó las ampollas y la piel ennegrecida con una especie de lija. Me deshacía en láminas transparentes que parecían papel bíblico, gotelé echado a perder por la humedad, y no fue hasta que terminó el exfoliado cuando descubrí que me habían puesto una vía, con lo que yo odio y pateo con las vías, con el daño que siempre me hacen, pero ni la notaba.

Lo que no aprendí de aquel accidente lo he aprendido autolesionándome. Nunca me he hecho cortes en los brazos, no fui una adolescente lánguida que se infecta los muslos con las cuchillas de afeitar de su padre, pero me arranco pedazos de mucosa labial, abro surcos de varios milímetros en la cara interior de mis labios, me arranco las costras de las picaduras de insecto, pido que me marquen con la fusta, sin tonterías, llagas rojas y en relieve, y he entrenado hasta hacerme daño, o para hacerme daño.

Hasta que me lesioné en mi segundo año de instituto —dí un mal salto y al aterrizar se me dislocó la rótula, que se llevó consigo pedazos de músculo y ligamentos— hice ballet, y en el mundo del baile las ampollas infectadas son prestigio. Cuando terminaban las clases, todas las niñas corríamos a los vestuarios a quitarnos las zapatillas de punta y a comparar cercos de sangre en las punteras. Los accidentes eran frecuentes y aparatosos. Recuerdo haber visto una tibia asomando entre la carne, y mi propia caída fue espectacular, se oyó el dislocamiento como un disparo, más fuerte que la música de Tchaikovski. A modo de venganza, me enganché al tabaco y suspendí gimnasia hasta graduarme. Luego comencé a correr. Me apunté al gimnasio por la moda del spinning, pero me aburrió muy pronto. Tengo unos cuádriceps hipermusculados que desentonan con mi complexión física y puedo rodar durante horas sin agotarme. Correr, en cambio, era un reto. Correr dolía: desde los bronquios hasta los pies; calambres, ciática, sobrecargas musculares que me endurecían e hinchaban los músculos...

Se habla poco del dolor en el deporte. Se suelen mencionar el sacrificio, la constancia, la entrega... Pero la palabra «dolor» no está presente en el léxico de los comentaristas. Cuando Cristiano Ronaldo se mete en bañeras de agua con hielo, ¿qué experimenta? ¿Caricias heladas? ¿Dedicación? En el mundo de la gimnasia rítmica se incide en la flexibilidad de los niños, que son de chicle, presumen, pero yo recuerdo lo que se siente cuando tiran de tus pies hacia arriba, con ambas piernas a noventa grados, para que tengas un *grand jeté* bien grande, y se llama dolor. Claro que es un dolor adictivo que te dilata las pupilas y potencia el brillo y los contornos de las formas, un dolor que he seguido buscando y que fue mi pastillita de Viagra durante una época en la que disocié hasta anestesiarme. Dudo que Zuriñe pueda confundir los coletazos de sus nervios dañados con placer. Los límites de la experiencia son los límites de la empatía, supongo. Imagino que no puedo imaginarme ser ella.

Iván me pide que le enseñe las fotos del accidente, dice que para hacerse a la idea de la gravedad del asunto, y las reviso de nuevo a su lado. Más tranquila que antes, comprendo que esta frialdad con la que escudriño el sufrimiento ajeno es un músculo que llevo tiempo entrenando, el que me ha permitido mantener la cordura en un escritorio en el que se mezclaban los post-it de colores con los abusos a prisioneros de Abu Ghraib y en el que el reproductor rebobinaba sin descanso escenas de tortura, de ficción y de no ficción, interrogatorios de *Homeland* y decapitaciones del ISIS, la ejecución sumaria con la que abre la quinta temporada de *The Walking Dead* y las amenazas en 8mm del cartel de los Zetas. Me he acostumbrado a diseccionar la violencia, a tomar notas sobre encuadres y planos, porque era mi obligación, porque elegí que mi tesis versara sobre representaciones culturales del terrorismo y no sobre la evolución del soneto petrarquista. Asume las consecuencias. Y recuerda que en mes y medio la universidad liberará tu alma, perderás el disfraz de etólogo y recuperarás la vista. Eso me digo. Que falta poco para septiembre y que hubo un tiempo en el que fui permeable, membrana celular y no barrera hematoencefálica. Que tengo un pasado más noble con el que reencontrarme y que me espera al final del verano, junto con la prestación por desempleo.

Al cabo de unas horas, en cuanto remite la resaca, nos despedimos de June y pasamos la noche en un autobús con destino a Valencia, nuestro siguiente hogar de acogida. Combatimos el aburrimiento y mi mala conciencia en Amazon comprando una decena de regalos inútiles y sin gastos de envío que remitimos al hospital de Basurto a nombre de Zuriñe. Le llegará un cojín con el icono del zurullo sonriente del WhatsApp, una taza con el lema «Shit happens», un gato de peluche, dos libros de poesía de La Bella Varsovia y un hula-hop que, según me explica cuando al fin nos vemos, indignó tanto a la enfermera que la ayudaba a desenvolver los paquetes que fue directo a la basura.

Pensaba que en los hospitales entendían de humor negro.

De eso sabrán en la morgue. Aquí tienen que maniobrar con mis ochenta kilos de peso muerto

cada mañana. No veas tú qué chiste.

Zuriñe tiene el pelo muy oscuro y la piel muy blanca, los pómulos marcados y pecosos y unos ojos verdes enormes que siempre le han conferido apariencia de niña centroeuropea, de personaje de Heidi. Ahora, a su sonrisa le faltan tres incisivos, y el hueco la infantiliza aún más. La imagino con siete años pero no con setenta; con dientes de leche antes que con dentadura postiza.

—Quítame esto.

Retiro la mesita plegable que le cubre las piernas y me agacho a darle un beso con aprensión, porque es un campo de minas. Tiene las piernas escayoladas y los brazos al aire. Al fin veo sus cicatrices. Parecen viejas y casi falsas, de trazo gordo, las que dibujamos con maquillaje en la noche de Halloween: raya, palito, palito. De pirata.

—Pensé que no vendrías.

—Llego tarde porque me he perdido.

Me mira con escepticismo pero no le estoy mintiendo. Basurto es mucho más que un hospital, es un pueblo de casas clonadas, la encarnación arquitectónica de los protocolos médicos. Y, además, lo visito por primera vez. Nací en una clínica de monjitas en Indautxu en la que me agujerearon las orejas sin el consentimiento materno, y cuando me quemé las piernas el seguro me transfirió a Cruces, que cuenta con una unidad de quemados de referencia a la que también trasladaron desde Burgos a mi primo Manuel, con el 80 por ciento del cuerpo carbonizado tras sufrir un accidente laboral en la fábrica para la que trabajaba como soldador. Se acababa de casar y su mujer se mudó a vivir con mis abuelos. Mi madre y yo la acompañamos a la UVI. Recuerdo a Manu inconsciente y momificado, en una vitrina, como la Bella Durmiente. Los familiares podíamos hablarle a través de un interfono, y ahora que he escrito una novela carcelaria y he indagado sobre el tema, la imagen me remite a las visitas ordinarias en prisión, que suceden así, con telefonillo y cristal blindado de por medio, y pienso que este paralelismo le habría gustado a Foucault. Su padre, que era cirujano, no le inculcó su pasión por la medicina sino el odio a los hospitales. Se dio cuenta de que el recluso y el paciente son lo mismo: sujetos que no se pertenecen, cuerpos dóciles sobre los que opera el poder a través de estructuras jerárquicas que los disciplinan. *Vigilar y castigar* es un texto que estudié a los veinte años en una biblioteca pública y que comprendo ahora, a los veintinueve, escuchando el parte de guerra de Zuriñe.

—Pues te cuento: se me pulverizó la pelvis. Me han puesto una especie de cadena de bici alrededor de la cadera que no saben si aguantará, clavos aquí, aquí y aquí, y acaban de enterarse de que también tengo el brazo roto, con un mes de retraso. Todavía ni me lo han enyesado. Pero lo peor fue que en Cruces, donde me operaron de urgencia, lo hicieron todo mal y me tuvieron que repetir la intervención en cuanto llegué a Basurto. Nunca dejes que te toquen los traumatólogos de Cruces, son carniceros valientes, de esos que no saben cómo se hace algo y, en lugar de pedir ayuda, se lanzan. En la pierna izquierda tengo daño nervioso, así que no la voy a recuperar del

todo, pero estoy mejor de lo que dice el electromiograma porque puedo mover el pie, aunque no los dedos, lo que es imposible, en teoría, pero así soy, la chica milagro. ¡Ah! Y lo más divertido: llevo un mes puesta de morfina. Las drogas son estupendas, pero resulta que los opiáceos te inmovilizan hasta los intestinos, lo que hace que no cagues en semanas y se te creen obstrucciones que te llegan hasta el diafragma. Hoy he pedido laxantes, para que no se repita la historia, pero las enfermeras no me pueden recetar nada sin el consentimiento de mi médico, y es festivo, así que no está mi médico. Toca esperar. Estoy ejercitando mucho mi paciencia. Me tienen que trasladar con grúa de la cama a la silla de ruedas y no hay mucho personal, así que mis mañanas consisten en esperar a que venga alguien a limpiarme el culo y a moverme. La semana que viene me dan el alta y me trasladan al hospital de Gorkiz para que empiece la rehabilitación. Si todo va bien, dentro de dos meses podré incorporarme y, dentro de cuatro, comenzaré a andar con muletas. Esto es lo que hay, y ahora cuéntame tú cosas.

La rueda de prensa comienza y acaba sin que yo medie pregunta. Se nota que ha repetido el soliloquio hasta el cansancio y lo recita como recitan leyes los aspirantes a judicaturas, de memoria y sin respirar. Hay que quitárselo de encima para que podamos dar paso a la fase en la que el visitante anónimo se convierte en alguien con señas de identidad propias y no dice lo mismo que el anterior, pero ¿qué puedo contarle? Siento sus expectativas clavadas en la base del cráneo, en el punto del que nacen mis jaquecas. Decirle que este relato sobre cómo la traen y la llevan, la abren y suturan y vuelven a abrir con el consentimiento de terceros porque ella está inconsciente me ha hecho entender mejor a Foucault es tan inapropiado como relatarle mi fin de semana. Es lunes de Semana Grande y anoche me acosté por primera vez en cuarenta y ocho horas. *Blue monday*. Me he tomado los restos de speed que sobraron para hacer frente a esta visita y apenas puedo mantener la atención. Aunque los químicos tiren hacia arriba, mi cuerpo tira hacia abajo con más fuerza.

El sábado fue el chupinazo y celebré una cena en casa de mis padres, que están de vacaciones en Galicia, para retomar una tradición que se remonta a mi adolescencia. Como siempre me dejaban sola por fiestas, las inaugurábamos con una borrachera en la cocina que acababa cuando el más intrépido escuchaba los pasodobles de la corrida de toros y se asomaba al balcón a arrojar huevos a la plaza, que queda enfrente. En la última estuvo Gari, que me sacó a rastras pero orgulloso de una pelea con los policías que custodiaban el acceso a Vista Alegre. Fue hace seis años. Nos acabábamos de conocer. Llegó con una piedra de cocaína como un puño, con una caja de txakolí y con Carla, la única novia que le conocimos. Era una exmodelo venezolana con implantes de pecho impecables y una belleza que no se puede describir sin caer en los lugares comunes más zafios, así que intentaré retratarla por sus efectos: cada vez que veo la nevera de mis padres, la recuerdo junto a ella y me digo: Carla tocó ese tirador. En un plano de tres cuartos, de cintura para arriba, resultaba tolerable estar frente a ella, pero cada vez que se levantaba a por

hielos volvían las arritmias. Una vez me dejó verla desnuda y tocarle las tetas, pero esa imagen ya no existe. Permanece la del posado junto al congelador naranja, como si fuera un anuncio de electrodomésticos.

He olvidado el cuerpo de Carla, pero no voy a olvidar el de Zuriñe. El cuerpo de Zuriñe es más cuerpo que el cuerpo de Carla porque los cuerpos están para romperse. Eso es lo que pienso mientras se levanta el camisón de hospital que la cubre y me muestra las cicatrices serias, las que aún le supuran a cada lado de la pelvis. Me pide que mire y yo miro con toda la furia de la que soy capaz, sin la distancia del fotógrafo de guerra, sin la disociación del neurótico o de la gallina que corre descabezada, sin interferencias teóricas, sin Laura Mulvey apostillando que la mirada es poder, con la única voluntad de fundirme en la imagen y en la carne, en las marcas de la cadera, en los muslos amoratados que asoman de la escayola, cosidos de eccemas y manchas. Memorizo la piel blanca y floja del vientre, y el pubis de rasurado preoperatorio, tan distinto del rasurado estético, y cuando ya no puedo inhibir el pestañeo porque los párpados me duelen de cansancio, cuando cierro los ojos y al abrirlos me reencuentro con el camisón, sé que esta es la primera vez que una mujer se me desnuda y voy a conservar los detalles.

También intuyo, aunque todavía no lo sé, que cuando retome mi tesis para preparar la defensa abordaré el material de otra forma. Las imágenes de Abu Ghraib no serán un puzle semiótico y al fin podré verlas, sin discursos mediados, frente a frente. Donde antes estuvo Sontag—sus teorías sobre la inspiración pornográfica de los abusos y mis posibles réplicas a sus prejuicios de feminista puritana— descubriré cuerpos *reales*, y lo mismo sucederá con los testimonios de las víctimas, aún más reales y desclasificados solo a medias porque nunca tenemos estómago para lo que el poder hace en nuestro nombre, pero hay que seguir leyendo: que el olor y el estado de Abu Zubdayah, el primer detenido en relación con el 11-S, hacía vomitar a los analistas que entraban a verle, que los soldados intercambiaban fotografías de guerra por suscripciones a portales de *hardcore porn*, que muchos hombres estadounidenses se querían masturbar con la imagen de una chica iraquí que acababa de perder una pierna y, con ella, sus bragas. Aún parece imposible, pero acabaré dándole la razón a Sontag y encontrando paralelismos entre las celdas de Guantánamo y nuestros dormitorios heterosexuales; cambiaré de bando crítico, regaré mis bonsáis con la sangre de mi endometrio, me volveré una antena que capta y depura las historias de terror que la rodean, me haré radical y adulta, y todo habrá empezado aquí, con este gesto de Zuriñe.

Me gustaría darle las gracias, pero suena inapropiado.

—Llevas el accidente inscrito. Si te cansas de contárselo a todo el mundo, lo puedes enseñar.

—No te pongas metafísica, que estoy más drogada que tú.

—Es como *En la colonia penitenciaria*, solo que tu cuerpo no es tu sentencia, sino tu autobiografía.

—No te sigo.

—«Vivir para contarlo es la ley»...

—Aixa, vete a dormir.

—«Te lo recuerdo tantas veces como pulses el play».

—Y vuelve a visitarme a Gorliz, por favor, pero más sobria.

Obedezco porque soy consciente de que ya no estoy del todo aquí. Se han juntado el cansancio, los desajustes químicos y la intensidad del momento (que no descarto que sea consecuencia del cansancio y de los desajustes químicos) y han reaccionado en un estado de conciencia que no puedo compartir con nadie, lo que no quita que esté lúcida. Me alejo del hospital pensando que si el cuerpo de Zuriñe es el relato de su accidente, solo necesitan escribir memorias quienes salen con el cuerpo ileso. La primera vez que narré el verano de mis quemaduras lo hice tras advertir que las cicatrices que me habían prometido indelebles se estaban desdibujando. Cogí un rotulador, rellené las marcas, y de aquella imagen surgió un texto que me publicaron en *Letras Libres*. No creo que sea casual. Creo que necesito escribir lo que me ha pasado y no se ve, dejar constancia. Echo en falta a mi psicoanalista. Creo que no soy capaz de llegar andando a mi barrio. Zuriñe me ha enseñado sus heridas con orgullo. El orgullo de las víctimas. Me gustaría desarrollar esta idea, apuntarla en el bloc de notas, al menos. Voy a vomitar. No. Falsa alarma. Paro un taxi. Conduzca hasta noviembre de 2017, por favor. Y quédese con la vuelta.

Mi problema con las mujeres

Muriel está embarazada. Nos lo comunica por mensaje, en el grupo de WhatsApp que compartimos con los antiguos colegas del gimnasio, y se desata un caos de felicitaciones, emoticonos y distintas líneas de interrogación, todas orientadas a dilucidar el origen del material genético complementario que ha obrado la hazaña. Nuestros amigos quieren preguntar ¿de dónde sacaste el semen?, pero tiran del manido ¿quién es el padre? a pesar de que Muriel tiene novia y la opción eufemística, por consiguiente, resulta bastante incorrecta.

—¿Qué padre? Aquí no hay ningún padre.

—Pero ¿fuiste a un banco de esperma?

—No. Bajé al bar.

Conozco bien a Muriel y no caigo en el error de tomármela a broma, pero al resto le lleva un rato contemplar lo que necesitan contemplar para reconstruir los hechos: quería un bebé y eligió un donante, un turista australiano de ojos verdes y estudios superiores al que se folló bajo un nombre falso que ninguno de los dos recordaría al cabo de cuarenta y ocho horas, cuando él embarcara en su vuelo de vuelta y ella supiera que aquella acidez que le causaba el vino era el primer síntoma de la revolución hormonal que había estallado. Quería un bebé y escogió la opción más sencilla y barata para una mujer en sus circunstancias. ¿Cuál es el problema?

Se expande un silencio telefónico sospechoso, de los que te obligan a comprobar que los datos móviles funcionan correctamente, que no hay incidencias técnicas. Alguien se está conteniendo, pero su capacidad de contención no es ilimitada. Revienta al fin con la misma fórmula desatinada de antes (y, por supuesto, es un hombre):

—¿No crees que *el padre* tiene derecho a saberlo?

No he dicho palabra hasta ahora porque Muriel y yo apenas somos amigas desde que Gari no está, pero encajo el disparo en su nombre y contesto también por ella:

—¿Qué padre? Aquí no hay ningún padre.

Bloqueo el teléfono y lo arrojo al bolso con una cólera explosiva que me asusta y que debería someter a análisis, pero entonces pasa una veinteañera frente a la cafetería en la que estoy desayunando y se me olvida el berrinche. Tiene las piernas finas y compactas, la piel brillante, gotas de sudor entre las tetas. La miro con tanta violencia que la diseco. Ella no lo sabe, pero está cubierta de alfileres como una mariposa en su vitrina, clavada para que la admire. Aprieto unas

mandíbulas que son cepos de caza. No es particularmente linda, pero es muy joven y las chicas jóvenes son como el placer de pisotear castillos de arena. Hasta hace muy poco yo también era así, un cuerpo que despiezar, y recuerdo que la noche en que nos conocimos Muriel me miró del mismo modo en que ahora miro a esta y a otras chicas, con la intensidad de un esclavista en el mercado. Hizo que me golpearan los nervios que te duerme una inyección epidural. Así que un parto es lo contrario al sexo, y descubro que no me asusta mi propio parto como me asusta el de Muriel, porque mi coño es un órgano con funciones muy distintas, con menstruaciones y residuos de papel higiénico y sesiones de depilación y visitas al ginecólogo. Concibo que se desfigure, que se rasgue, que exista para otra cosa que para follar. Pero ¿el de Muriel? El de Muriel debería ser sagrado. Qué extraño se me hace que nos estemos haciendo adultas.

La veinteañera se da cuenta de que la miro, y del modo en que la miro, porque recorre mi encuadre desfilando con un paso muy distinto del que retoma al salirse del encuadre, veloz y un poco desgarbado, que me resulta característico de las chicas de su generación, las que nunca llevan tacones y tienen un aire masculino porque son altas y esbeltas y ocupan el espacio como si les fuera propio, por derecho. Veo los cismas que se abren en una sola década gracias a mi prima Maider, que tiene diecinueve. Cuando tenía quince, me pidió consejo porque sospechaba que le gustaban las chicas. Había una, en particular, con la que se había besado varias veces, pero temía que fuera de «las que van de lesbianas para ser populares». Su comentario me desmontó. Me causó gracia y tristeza al tiempo, así que me reí hasta que se me escapó una lagrimilla. Desconozco si el motivo era que Miley Cyrus se acababa de echar novia, o que el porno había popularizado la imagen de la mujer bisexual como objeto de deseo o que solo se concibe lo que se nombra y al fin se estaban aflojando las cuerdas, pero el hecho es que la mitad de las lolitas que posaban en el Instagram de Maider eran accesibles para Maider y aquello me resultaba insólito. Recuerdo el instante con la impronta de los detalles triviales (que las dos vestíamos camisas de cuadros escoceses y que paseábamos por Stradivarius, por ejemplo), el golpetazo de envidia, y sentirme de pronto muy vieja, porque me imagino que los viejos nos miran y solo ven lo que podrían haber sido de haber tenido nuestros privilegios. Qué frivolidad, pero aún hoy es lo único que cambiaría de mi biografía. Cambiaría mi adolescencia de competir con las chicas guapas por una adolescencia de chicas guapas con las que poder tocarme. Quiero volver atrás y follarme a todas y cada una de las compañeras de clase que me putearon en el instituto. Y no estoy hablando de sexo de venganza, estoy hablando de enmendar la historia.

Comencé la secundaria en el año 2000 y en Euskadi no existían ni el lesbianismo ni el bullying. Existían las camioneras y los matones. Las camioneras eran «mujeres con cuerpo de hombre», u «hombres con pechos»... No recuerdo la definición exacta que en algún momento me ofreció mi padre. Los matones le rompían las gafas al chico miope de primera fila, vendían hachís en el patio y era mejor no mirarles directamente a los ojos porque, a la mínima, te esperaban a la salida con

su séquito de bestias fieles. Si eras hombre, te pateaban hasta que vomitaras el almuerzo y, si eras mujer, te humillaban en función de tu físico: si fea, con insultos; si guapa, manoseándote como a un paso de la Semana Santa de Sevilla. Utilizando las mismas estrategias que años después me permitirían salir indemne de los peores afters de la ciudad, con sigilo y tacto, me libré del acoso masculino, que era un acoso tipo *slasher*. El que sufrí a manos de la comunidad estudiantil femenina, en cambio, era más de terror psicológico.

Cuando nos mudamos del colegio de educación primaria al instituto, los grupos se duplicaron en número y, por primera vez en diez años, vimos caras nuevas. A los alumnos modélicos con padres sobreprotectores nos trasplantaron del zoo a la jungla, nos mezclaron con estudiantes de barrio que se fumaban sus primeros cigarrillos en los recreos y replicaban obscenidades a las preguntas de los profesores. Había una chica particularmente escandalosa que se llamaba Lourdes y se desenvolvía como las estrellas desclasadas que nacen de un reality show. Vestía siempre de chándal y escuchaba tecno salvaje de un walkman que ya era una pieza de museo. Solo se quitaba los cascos para ducharse, decía, porque le asustaba el silencio. No tenía padre conocido y te contaba sin ningún pudor que lo achacaba a que su madre, de joven, había sido puta. Era la primera chica que conocía con lazos familiares raros, más raros que los míos, y quizás por eso le tomé cariño. Por eso y porque estaba sola. La habían expulsado de su colegio de monjas y en este nuevo centro no conocía a nadie. Intenté que se integrara en mi grupo y ese fue el origen de mi ruina social. Mala idea. Nuestra líder era nieta de un alto cargo del gobierno vasco y se negaba a entrar a mi casa porque era una casa de pobres. ¿Cómo no iba a negarse a compartir banco con Lourdes? Ahora me parece una obviedad, pero entonces no supe verlo. Y me pilló por sorpresa. O estás con ella o estás con nosotras. Escuché esa frase un año antes de que Bush se la apropiara. Parece mentira que exista una prehistoria semejante y que yo guarde recuerdos de ella, pero cómo olvidar aquel curso iniciático...

Siempre con el más débil. Así me habían educado y así me quedé con Lourdes. No tardé ni una semana en saturarme de su cháchara insustancial, pero no podía echarme atrás en la primera decisión política que tomaba en el instituto, es decir, en la vida que iba en serio. La coherencia era clave. Repetí esa consigna durante años, a pesar de que milité en el movimiento más incoherente de la Europa contemporánea. Fui comunista, patriota, defensora de los derechos humanos y proetarra. Tal vez la única acción irreprochable que llevé a cabo en mi adolescencia fue la de dar la espalda a mi grupo y adentrarme en la sección del patio que ocupaban los marginales, aunque de haber previsto las consecuencias estoy segura de que me habría achantado.

Fueron tácticas sutiles, de las que surten efecto por acumulación y no dejan marcas, así que apenas recuerdo las más vistosas. Una mañana entré en clase y solo me saludaron los chicos. En clase de matemáticas, le pedí a una compañera que me prestara su calculadora y no contestó. Insistí, y nada. El pacto de silencio se extendió como una de esas enfermedades genéticas que no

afectan al cromosoma Y. Duró nueve meses. Cuando teníamos gimnasia, los vestuarios femeninos se dividían en dos turnos: primero se duchaban *ellas*, y luego Lourdes y yo. Si la delegada repartía una circular de mano en mano, las nuestras las depositaba en la mesa. Nadie quería tocarnos. Éramos contagiosas y el asco es siempre el miedo al contagio. Sorprende la sofisticación de un castigo diseñado por una cría, sus resonancias culturales, pero así ocurre con las técnicas de tortura. Bajo diferentes nombres, todos los regímenes han diseñado las mismas. Son arquetipos junguianos, inconsciente colectivo.

Lourdes dejó de asistir a clase en el segundo trimestre. Su madre no sabía qué hacer con ella y los profesores no sabían si denunciar el caso a los servicios sociales o fingir que no pasaba nada. Entre duda y duda, finalizó el curso lectivo sin que apareciera. Quedó un asiento vacío junto a mi mesa que llamaba la atención como un accidente geográfico porque destrozaba la organización binaria de la clase. Las chicas se sentaban por parejas en las primeras filas y los chicos en una hilera única al fondo del aula. Mi pupitre en blanco y yo éramos una amenaza semiótica. Quizás por eso, a mediados de curso, lo ocupó David, el adolescente en el que se había convertido mi mejor amigo de la infancia. Tiempo atrás, nuestras madres nos habían arrojado al mismo sector de parque mientras se turnaban para vigilarnos. Él me pegaba puñetazos porque yo le había dicho que tenía superpoderes, que era insensible al dolor, y me gustaba aquel juego, apretar las mandíbulas mientras sonreía, fingirme impasible y ver su cara de asombro. Una vez me rompió la nariz. Yo le arrojé al vacío desde lo alto de un platanero. Vivíamos en el mismo barrio y, cuando nos concedieron la libertad de volver a casa solos, la condición fue que lo hiciéramos juntos. Mantuvimos esta costumbre hasta que nos graduamos en Bachiller, aunque se nos enrareció la amistad cuando las chicas comenzaron a fijarse en los chicos y lo señalaron como el objetivo de sus fantasías adolescentes.

Todas mis acosadoras competían por David, así que cuando se sentó a mi lado, creció el odio. En los tiempos precibernéticos, la lideresa descubrió el anonimato del acosador, el insulto irrastreable, en las llamadas a cobro revertido. La rutina era sencilla: tu aparato registraba un número oculto y, al contestar, una teleoperadora daba paso a una grabación de audio realizada por la persona que quería que corriera con los gastos. Cinco segundos de amenazas distorsionadas. Era la época de la saga de *Scream*. Hubo *Scream 1*, *Scream 2* y *Scream 3*. El detonante, en todas ellas, era una llamada de teléfono y una pregunta: ¿cuál es tu película de terror favorita? Cada vez que la primera víctima entraba en el juego, los espectadores se llevaban las manos a la cabeza. ¿Por qué no colgaba? ¿Cómo podía ser tan estúpida? Yo también debería haber colgado, pero nunca lo hice. Cada tarde, me aferraba al auricular, con la taquicardia reverberándome en las sienes, y escuchaba lo que tenía que escuchar porque era peor no hacerlo, quedarse con la duda. Un insulto era mejor que mil insultos posibles y mi imaginación, mucho más fructífera que la de mis *haters*, que se limitaban a criticar mi aspecto, mi ropa, lo dispuesta que parecía a cualquier

práctica obscena con David. Las insinuaciones acabaron por avergonzarme y le pedí que volviera a su pupitre. Por suerte, poco después, un chico trajo un tablero de ajedrez portátil a clase. Me apunté al torneo que improvisó durante el descanso del almuerzo y quedamos en tablas. Para que desempataráramos, me invitó a unirme al sector masculino y allí me quedé. La otredad se simplificó. El espacio volvió a configurarse en dos zonas antagónicas, nosotros contra ellas.

Crecí rodeada de hombres porque las mujeres me daban miedo y no les perdí el miedo hasta que empecé a follármelas. Durante años intenté enmendar la historia así, seduciendo a las que me escaneaban de arriba abajo como si midieran al enemigo, porque el sexo permite que el poder cambie de bando y porque se me daba muy bien. Después de todo, había aprendido a mirarlas desde lejos, desde el lado contrario, como esperaban que las mirara un hombre. Solía llevar la cuenta del número de chicas heterosexuales a las que convertía, como si mi proyecto fuera un proyecto de evangelización. Como si cualquier cosa que hiciera en tacones y pintalabios fuera intrínsecamente disruptiva y siempre justa. Paul B. Preciado aún se hacía llamar Beatriz y era mi profeta. La teoría *queer*, las escrituras.

He estado releendo *Testo Yonqui* y ha sido como releer un texto propio; el mismo vértigo, la misma niña que defiende una utopía en la que no existen los géneros cuando, en el fondo, lo que quiere es ser un niño. Se lo tengo que explicar a mi madre, que siempre dice que parió a la feminista más temprana de la historia. No es así, mamá. Yo no quería luchar por mis hermanas. Yo quería dejar de ser una hermana. Como Virginie Despentes, pensaba que «todas las cosas divertidas son viriles» y «todo lo que no deja huella», femenino, y odiaba que me encasillaran en lo segundo. Por eso en el parvulario me deshacía de los lápices de color rosa que venían en mi caja de pinturas, y en segundo de primaria escribí una pieza teatral para la función de fin de curso sobre una princesa que se negaba a llevar vestidos y a coser su ajuar de boda, y en tercero me encaré a la dirección del colegio por haber organizado una actividad extraescolar que no era mixta: el fútbol. Yo habría preferido apuntarme a solfeo, como hice al año siguiente, o a pintura, o a gimnasia rítmica, pero gané la batalla y me tocó ser consecuente con mis reivindicaciones, así que durante un año fui la única niña de la liga de alevines, la que refrendaba con su ineptitud que las hembras no nacimos para dar patadas a un balón. Y si algo tan simple nos queda grande, ¿qué se puede esperar de nosotras?

Nada. De las niñas no se esperaba nada porque eran imbéciles. Lo demostraban cada vez que abrían la boca para decirme que las tobilleras son de tortilleras, que tus calcetines no están conjuntados, que tienes que ponerte bragas por debajo de los leotardos, ¡serás cerda! Mis problemas de etiqueta eran culpa de mi padre, que se encargaba de vestirme y llevarme al colegio por las mañanas y que nunca supo trenzarme el pelo ni hacerme una coleta digna. Me soltaba como a un león desmadejado, con mis rizos deshechos a estirones de peine, así que decidí raparme al dos y el resultado de esta iniciativa meramente práctica fue que ascendí de categoría, ascendí a

marimacho, que era medio-chico, o sea, lo que necesariamente debía de ser porque yo no era ninguna imbécil. Yo era el portento del curso, o eso le cuchicheaban a mi madre las otras madres. Aprendí a leer y a escribir a los cuatro años, cuando mis compañeros de preescolar apenas balbuceaban, a base de transcribir las palabras de un cuento que nuestra maestra nos leía en voz alta a primera hora. Como siempre era el mismo, lo acabé memorizando. En los recreos tomaba prestado el libro y calcaba cada lámina, con sus ilustraciones y sus letras, que al principio me parecían iguales, simples dibujos. Pero un día asocié lo copiado con lo que sabía que significaba y las dos caras del signo lingüístico se unieron. No fue un proceso. Fue una epifanía. Para el pedagogo de la escuela, un milagro, y para mi abuelo, el resultado natural de la herencia, los genes de un señor desconocido al que en adelante me referiré como biopadre.

Mi biopadre no estuvo presente durante el parto pero acudió a la clínica cuando yo ya había nacido. Se fue de juerga con una hucha en la que mi bisabuela había metido cien pesetas por cada día que duró el embarazo de mi madre y me inscribió en el registro civil con su apellido y con un segundo nombre que no se había pactado. Desapareció al cabo de unos meses y se convirtió en un relato que me habían contado y que aderezaba con invenciones propias. Dije en el colegio que estaba muerto, que era marino y astronauta. Una compañera de parvulario me acusó de mentirosa y no volví a mentarlo. Me avergonzaba que mi madre lo hiciera porque hablaba de él sin rencor, casi diría que con ternura. Supe que se creía poeta y que metía versos cacofónicos en bolsitas de hierbas aromáticas. Supe que sobrestimaba su inteligencia y que casi no tenía amigos porque nadie estaba a su nivel; que renunció a su trabajo para no pagarnos la manutención y que vivió durante años al margen de la seguridad social, ilocalizable, como un fantasma.

Hasta que mi madre me buscó un nuevo padre, viví con mis abuelos, que se dedicaban a la confección de ropa infantil. Mi abuelo trabajaba en el taller, encargado del patronaje, y mi abuela vendía los modelos en una tienda que se quedó sin clientes a finales de los noventa. Para combatir la desidia, ella devoraba novelas en el almacén, rodeada de trencas inglesas y vestidos de comunión, y él cortaba telas junto a un televisor siempre encendido. Con ella aprendí a leer y a hacer sumas y restas, y él me introdujo en el mundo de la telerrealidad. Me encantaba sentarme a su lado, en una vieja mecedora que ya no sostenía el peso de su cuerpo pero sí el mío, y cultivar mi voyeurismo con los programas de Paco Lobatón, con el *Sorpresa, sorpresa* de Isabel Gemio y con los primeros talk shows de la época, repletos de hermanos gemelos que se separaban al nacer, de hijos perdidos que se reencontraban con sus padres, de llantos y de abrazos entre desconocidos consanguíneos. En un futuro no muy lejano mi abuelo me imaginaba en alguno de aquellos platós y yo le hacía la pregunta que me sigo haciendo ahora: ¿de verdad *debía* interesarme un desconocido con mis genes más que un señor aleatorio con el que me cruzara por la calle? ¿Qué narices son los genes? Me lo intentaron explicar en psicobiología. Salí con la idea de que lo único que heredamos de nuestros padres son enfermedades raras, alteraciones cromosómicas, deformidades en el

paladar que harán que tus bebés maúllen o que mueras joven de un insomnio incurable, de una enfermedad cardíaca o de cáncer. Nada parecido a lo que motivaba que mi abuelo me exhibiera por el barrio como si fuera un monito parlante —niña, recita las capitales del mundo; niña, recita ese poema que te ha enseñado la abuela— y atribuyera mis logros a la inteligencia de un señor al que no conocía.

Desde que tengo uso de razón y de forma periódica —al principio cada dos o tres meses, ahora una vez al año— mi madre me pregunta: ¿no quieres que te ayude a buscarlo? Siempre le digo que no y mi falta de interés le resulta preocupante, el indicio de que algo va mal, de que el padre ausente dejó huella y eso que ella siguió a rajatabla las recomendaciones de los expertos, no lo criticó en mi presencia, no me prohibió verle... Quizás si hubiera dado muestras de una ansiedad tangible, si a los dieciséis me hubiera echado un novio de cuarenta, se habría sentido más segura, en el contexto de lo esperado, con herramientas, con control. Pero lo cierto es que mi biopadre no era más que un incordio, un símbolo trascendente que no entendía y mediante el cual traicionaba las expectativas de todo el mundo. Muchos de mis amigos no supieron de su existencia durante años. Me avergonzaba sacar el tema porque me anticipaba a sus reacciones, a la cara de consternación, como si confesara que me violó la niñera. Pero a mí no me violó nadie. Tuve una infancia feliz, una adolescencia desastrosa, como la de tantos, y un padre en casa, con normas absurdas, con fijaciones, miedos y valores que me ha inculcado perigenéticamente, como una mutación que se adquiere tras un desastre nuclear.

Al igual que hay falsos suicidas, de esos que dejan la puerta del baño abierta para que alguien los rescate a tiempo, hay falsos fugitivos, escapistas que desaparecen para que los busquen. Mi padre biológico era, y diría que aún es, un falso fugitivo. Hace dos años me mandó una solicitud de amistad por Facebook. Hace veinte, una citación judicial. Tenía nueve años cuando me vistieron de domingo un lunes y me llevaron a ver a un psicólogo forense. El psicólogo me pidió que dibujara algo y dibujé un árbol, me preguntó qué quieres ser de mayor y dije escritora. Me pidió que firmara el dibujo alegando que algún día, cuando me hiciera famosa, valdría millones, y mientras fantaseaba con la idea, con la posteridad literaria, apretó el gatillo. ¿Quieres conocer a tu padre? ¿A qué padre? Llevaba cuatro años viviendo con uno que me llevaba al colegio cada mañana y me leía cuentos antes de acostarme, así que mi confusión era comprensible. Al de verdad, al biológico, dijo el psicólogo. Me encogí de hombros porque era una niña muy educada y me era difícil decir que no. Era tan prudente que cuando mi abuelo me llevaba a la tienda de golosinas y me animaba a escoger lo que quisiera, siempre escogía de menos: una gominola, un chicle, algo tan pequeño que ni siquiera merecía una bolsa. El psicólogo emitió un informe favorable que llegó a un juez que dictó sentencia y estipuló un régimen de visitas en respuesta al requerimiento de mi padre *de verdad*. Tras nueve años desaparecido, se había cansado de que nadie lo buscara.

Recuerdo poco de aquellos meses y no me he molestado en contrastar mi versión con la de mi tía, que fue la elegida para acompañarme en las primeras visitas tuteladas, porque no quiero saber más de lo que ya sé. Recuerdo que el primer día comimos tortitas con chocolate en el Häagen-Dazs de la Gran Vía que ya no existe y que el señor desconocido que era mi padre *de verdad* me llevó a una tienda de discos y me pidió que eligiera uno. Recuerdo que yo me avergoncé y le dije no hace falta, y que él insistió, y mi tía también insistió, y que entonces cogí un recopilatorio de clásicos del rock anglosajón versionados en euskera y que el señor desconocido que era mi padre *de verdad* hizo algún comentario sarcástico sobre mi educación en la escuela pública vasca. El segundo día me compró una máquina de Tetris y el tercero no fue un día, sino un fin de semana en un piso de Plentzia en el que vivía con otra mujer y con el hijo de esta, que le llamaba padre aunque no fuera su padre. Yo nunca he llamado padre a nadie, a pesar de haber tenido dos. Cuando me paro a pensarlo es bastante loco.

En los márgenes del libro de Preciado me encuentro con una cita del *Cyborg Manifesto* de Donna Haraway: «Illegitimate offspring are often exceedingly unfaithful to their origins. Their fathers, after all, are inessential». Los hijos bastardos somos infieles a nuestros orígenes porque nuestros padres no son esenciales. La teoría *queer* me resultó tan hecha a medida porque me educó un padre que no lleva mis genes. El que sí los lleva desapareció por segunda vez cuando las visitas se suspendieron ante la llegada de las vacaciones veraniegas. Pasamos la tarde en la playa y nos despedimos hasta septiembre, pero nunca regresó para cursar la asignatura. Durante aquella última visita, en el trayecto a Bilbao, en el coche, comentamos un cuento que había escrito. Me había decantado por un narrador protagonista masculino y me preguntó por qué. Con mi corte de pelo al dos le dije que ojalá hubiera nacido niño porque odiaba todo lo que tuviera que ver con las niñas y él sonrió y se quedó callado. Cuando publiqué *Modelos animales* también se interesaron mucho por mis voces travestidas, como si fuera sospechoso que conjugara con facilidad los pronombres que no me pertenecen, indicio de que no soy quien aparento.

Imagino un universo alternativo en el que mi madre se interesó por los discursos médicos en torno a la transexualidad, por el argumento del niño encerrado en el cuerpo de niña, y decidió administrarme testosterona en lugar de castigarme por mi manía de vendarme las tetas con cintas para el pelo, que es lo que hice cuando aquellos bultos alienígenas comenzaron a crecer sin mi permiso y por la noche, al bajar la guardia. Creo que mi trayectoria no habría sido tan distinta y que soy de las pocas mujeres que pueden decir algo semejante, de las pocas a las que una barba no les habría salvado de ser agredidas o relegadas a la insignificancia o a la devoción por vocación. Creo que habría seguido escribiendo desde ambos extremos pronominales, eludiendo cuidados, enamorándome desde el poder y desde la correa de perro en la garganta, una de cal y una de cal viva según las ternas... Y sin embargo no habría escrito estas páginas, ni tendría estos contornos ligeramente más permeables de lo que imaginé, ni estas deudas con mis predecesoras,

ni tanta culpa acumulada que a finales de 2017 se me transformó en ira. Creo que jamás me habría sucedido lo que viene a continuación.

Temblor

Es 19 de septiembre de 2017. Voy en el autobús de camino a Rekalde y ojeo Twitter. Iván ha compartido el hilo de una activista que detalla los 83 feminicidios registrados en Puebla en lo que va de año. Aporta nombres y apellidos y un resumen sucinto de cada crimen. Recuerda a la enumeración salvaje que llevaba a cabo Roberto Bolaño en *2666*, salvo que ahora es peor. La oleada de violencia machista que se ha desatado en el centro del país supera en cifras a la de Ciudad Juárez, aunque hasta hace unos días apenas se hablaba de ello. El caso de Mara, una joven de diecinueve años a la que violó y asesinó su conductor de Cabify, se coló en nuestras redes sociales y el terror fue noticia. He visto un mapa interactivo que señala los asesinatos más recientes. 1.985 casos registrados en 2016 y 329 de enero a marzo de este año. Las zonas más peligrosas ya no están en el norte, sino en el cinturón de pobreza del Estado de México, en municipios como Ecatepec, ese infierno de contaminación y hacinamiento por el que entrábamos al DF desde Pachuca y que dolía mirar porque simbolizaba una pobreza que no se erguía orgullosa y festiva como en las zonas rurales; no había fachadas rosas ni puestos de chicharrones; los vendedores ambulantes que se aventuraban entre el tráfico de seis carriles no eran hombres sino niños. La estampa resultaba tan estereotípica, tan tercer mundo, tan las expectativas que un europeo quiere refrendar sobre Latinoamérica, que la llegué a negar, pero hoy la recuerdo. Vi los rostros potenciales de los asesinos: emigrantes de la periferia que se acercaban a la gran ciudad para que la gran ciudad los repeliera y que se sabrían el eslabón más bajo de la gran pirámide si no fuera porque aún más abajo, desde que el mundo es mundo, estamos nosotras.

Anoche leí un estado de Facebook que me pareció muy atinado. Karla Camarillo, una actriz a la que conocí en un encuentro de dramaturgia en Monterrey, escribía lo siguiente:

Los he leído todo el fin de semana conmovidos por los feminicidios. Ahí está la foto de Mara Castilla en el muro de un par de hombres que me han violentado, en el de varios que me humillaron mientras trabajaba, en el del diplomático cobarde que se quedó callado mientras esto ocurría, en el que me manda fotos nude, en los que han agredido a mis amigas o me han llamado exagerada, feminazi... Queridos, para ustedes que no se conmueven hasta que somos cadáver, su indignación acaba donde empieza su machismo normalizado. Son todos cómplices.

Desde que leí esas palabras he estado pensando en mi exmarido, y en las cosas que vi y en las que pasé por alto cuando estuvimos en México. Para mis amigas, Rafa siempre será ese tipo que

se quedó sentado mientras nosotras hacíamos sándwiches para su despedida de soltero y que en la despedida de soltero se vomitó las sábanas y esperó a que yo se las cambiara. Me molesta el modo en que lo caracterizan con trazos de brocha gorda, siempre dispuestas a extraer juicios generales basándose en anécdotas concretas, pero hace tiempo que no les rebato que Rafa era, en efecto, un vago y un machito. Así fue como nuestro matrimonio terminó con un sketch de humor sexista.

En la víspera de mi vigesimotercer cumpleaños, llegué a casa y lo encontré frente al televisor. Me senté a su lado, abrí una cerveza y le dije, tenemos que hablar. Él dijo cuando termine el partido y yo aproveché lo que restaba del segundo tiempo para repasar mi discurso. Tampoco era complejo. Al fin había encontrado una excusa, la forma de salir dignamente de aquel atolladero en el que me metí por terquedad, *to make a point*, y en el que me había quedado encerrada por una mezcla de vergüenza y culpa. Después de todo, yo era la razón por la que Rafa estaba en un país que no era el suyo, lejos de su familia y malviviendo con una compañía de teatro amateur mientras que en México lo trataban como a una rockstar, o eso decía. Lo iba a abandonar sin apenas dinero para comprarse el billete de vuelta, en un pueblo donde no conocía a nadie, en una casa que nos prestaban mis abuelos. Y era mi marido. Aquello *debía* significar algo. Me casé para que obtuviera los papeles, para que pudiéramos quedarnos en España, pero lo hice frente a un juez, acepté los cheques de los invitados, me comprometí en un acto performativo, público. Siempre he tenido un sentido de la responsabilidad exacerbado y mucho miedo a reconocer que me equivoco. Por eso necesitaba una excusa y la estuve buscando durante meses en su cuenta de correo. El asunto del mail que me liberó del contrato era «todo en orden». Una mujer con nombre de telenovela le informaba de que la pastilla del día después había surtido efecto, pero, por favor, a la siguiente ponte goma.

Recuerdo mi asombro frente a la pantalla mientras me decía que ya tiene mérito que nos sorprendan las confirmaciones tanto como los hallazgos, y recuerdo el vértigo y, sobre todo, el alivio. Que Rafa se acostaba con todas las actrices que se dejaban impresionar por sus modales de *enfant terrible* lo supe desde que lo acompañé por primera vez a un festival de teatro en México. Bastaba con fijarse en el comportamiento de sus colegas. Un director de escena me enseñaba la fotografía de sus hijos, a los que echaba mucho en falta porque llevaba tres meses sin pasar por casa, y a continuación se contoneaba con su nueva adquisición, la chica más joven del elenco, que merodeaba entre los corrillos queriendo participar en las conversaciones de los hombres como un niño que se intenta colar en la mesa de los adultos.

Las actrices son mejores cuanto menos piensan.

Aquella frase la escuché hasta incorporarla a mi repertorio de chistes. A mí tampoco me gustaban: eran inestables, bipolares, con un ego tan flexible que era débil. Como todas las mujeres, supongo. Una noche cenamos en la terraza de un hotel del Zócalo frente a la basílica de

Guadalupe, cada año más hundida en sus cimientos de lodo, con vistas a la ciudad inmensa que se extendía de luz en luz hasta lo alto de las cumbres y yo estaba extática, en el epicentro de las cosas que se mueven, así que bebí más que de costumbre y me molestó, por primera vez, que ninguno de los comensales, todos ellos escritores, se dignara a preguntarme por mi trabajo. Rafa los excusó más tarde diciendo que, como yo era muy linda, habían dado por hecho que era actriz, y aunque fingí ofenderme, me sentí halagada.

Sigo leyendo los nombres y apellidos de las víctimas de Puebla y pienso en la complicidad de un país del que nunca me divorcié y al que idealizo en la distancia, al que defiendo con pasión en todo menos en esto. Me costó entender México y me costó amarlo porque tardé en percibirlo desde dentro, sin condescendencia culturalista. Tuve que aprender que no había nada fundamentalmente erróneo en la familia indígena que ahorra para el vestido de quinceañera más fastuoso del pueblo en lugar de para costear la universidad de su hija. Que los pobres eran pobres por motivos más complejos y que yo no era quién para arrebatarles la fiesta. Tuve que aceptar que la obsesión por la seguridad que tiene Europa es una fantasía de control y que los bebés también sobreviven sin sillitas en el coche y correteando por un páramo infestado de alacranes y serpientes. A veces sobreviven y a veces mueren, como en todas partes. Tuve que lidiar con muchos dilemas morales, pero el machismo que lo impregnaba todo jamás me molestó como me molestaba la lentitud burocrática o las chabolas que no tenían aislante en las paredes y sí antenas de televisión satélite. Por aquel entonces no me consideraba feminista. Ni siquiera me gustaba ser «mujer». «Mujer» era un partido que no representaba mis valores.

El 19 de septiembre de 2017 llego a casa odiando a México porque es una fábrica de asesinos, un país donde cualquier hombre es culpable por el simple hecho de serlo y donde el patriarcado es tan brutal y hegemónico que muchas mujeres ni lo intuyen. Ya no me quedan patrias. He renegado de todas, incluso de las que elegí. Eso me digo mientras enciendo el ordenador y las pestañas abiertas se van cargando, una a una, con fotos postapocalípticas. El terremoto fue hace quince minutos pero yo tiemblo ahora. Comienza la rutina que nos han inculcado los ataques yihadistas: mensajes en redes y en WhatsApp buscando la confirmación de que a ti no te ha tocado el boleto. ¿Estáis todos bien? Es obvio que no están todos bien porque hay balance inicial de muertos, pero se sobreentiende que uno pregunta por su agenda de contactos, por su banda. Mi exmarido responde enseguida. Está en la cabaña de los llanos y el temblor se ha sentido muy fuerte pero todo sigue en pie. Sin embargo, no consigue localizar a su hermana y a su sobrino, que viven en un pueblo a quince kilómetros del epicentro. Calma. Darán con ellos cuando se restablezcan las comunicaciones. En la mayor parte del estado de Morelos no hay luz. Calma.

Sí, calma, pero no estoy calmada. Mientras espero noticias de Rafa, consumo con avidez vídeos y fotorreportajes que muestran cómo ha quedado Ciudad de México y entro en un bucle irreal, de simulacro, porque esta experiencia de reconocer calles que ahora están en ruinas no forma parte

de mi mundo; es algo a lo que solo accedo a través de la ficción. Las colonias más afectadas son las que mejor conozco, las que se asientan sobre la antigua laguna de Tenochtitlan y son seguras para los turistas, aunque no para los seísmos. La Roma, la Cuachtemoc, la Condesa. En esta última se ha derrumbado un bloque de viviendas que identifiqué, o así me lo cuento. Me cuento que a los veinte años estuve fumando en la terraza de un edificio en la acera opuesta, en una fiesta que se celebraba en honor al director de una película que había obtenido estatuillas en los premios de la academia de cine mexicano y que la fiesta, en sí, me pareció una película. Había bandejas de plata con rayas de cocaína, un hombre que me hablaba con la vehemencia de un loco sobre las letras de Tom Waits, música de Tom Waits, gusanos macerados en mezcal con propiedades alucinógenas, la protagonista de una telenovela que retransmitía TVE1 en horario de sobremesa y un dramaturgo que argumentaba que los perros del DF se suicidan, que él lo había visto porque se pasaba las mañanas sentado junto a un semáforo de la calle Reforma y veía que todos conocían las dinámicas del tráfico, que esperaban a que estuviera en verde para cruzar hasta que un día decidían no hacerlo y se arrojaban contra los coches, hartos de vivir. Había también una niña de seis años, hija de los anfitriones, que pululaba entre los invitados y las drogas y los vasos de whisky con absoluta familiaridad y se maravillaba, en cambio, con mi acento. Di «cereza», «zapato», «rebozo». Yo obedecía y ella se tronchaba de la risa.

Recuerdo que aquella noche pensé que la vida por fin arrancaba, que había dado el salto del patio de butacas al escenario y que descubría el mundo tal cual era, intenso y delirante e inmune a cualquier enmienda moralista. O entrabas o te quedabas al margen tomando notas como un etólogo. O lo juzgabas o lo admirabas. Esto lo experimenté muchas veces en Ciudad de México. Estaba aquel señor sin piernas que en época de lluvias, cuando el agua cubría las llantas del autobús que me llevaba al aeropuerto, serpenteaba entre carriles con una mano en la rueda y la otra aferrada a un cigarro. Estaba el puesto de tamales y tortas de La Roma, una plancha, una sombrilla y una mujer tan vieja como La Revolución que cada mañana generaba colas de cientos de ejecutivos y borrachos con el estómago rugiente. Estaba la librería portátil de Chapultepec donde nunca había librero e incitaba al hurto de libros tan absurdos como un tratado de matemáticas con prólogo de Borges, y la casa de Monsiváis en la calle San Simón, que olía a orines de gato desde la cuadra contigua. Cuando el escritor murió, los médicos achacaron su enfermedad respiratoria a los once felinos con los que convivía y se armó un gran revuelo porque las autoridades sanitarias los querían sacrificar. La sociedad civil impidió la masacre.

Cuando volvimos a España después de mi primer verano en México sentí que había ganado y perdido, que Europa y sus ciudades donde nunca ocurre nada imprevisible jamás volverían a interesarme. De hecho, prescindí del espacio público encerrándome cada día más en nuestra casa con vistas a la playa hasta que se volvió imposible saber si la fobia social que me acabaron diagnosticando era el motivo o la causa de mi aislamiento, si era patología o voluntad. Fue

durante esta época cuando me deshice de mis atuendos adolescentes y aprendí a conjuntar tonalidades y a pisar con tacones y puntas. El código de vestuario era lo único que paliaba mi miedo a desfilas por la Gran Vía.

A medida que pasan las horas y Rafa no responde a mis wasaps me dejo llevar por la histeria de Twitter. Introduzco el nombre de mi excuñada en una página para localizar desaparecidos, tecleo un hashtag con el nombre de su pueblo, escribo a todos mis amigos chilangos. Brenda Lozano, una escritora a la que conocí en Perú, me cuenta que el seísmo la pilló en el sexto piso de un edificio de La Condesa que comenzó a oscilar como una cumbre de gelatina. Bajaron las escaleras corriendo mientras les llovía un granizo de cascotes, y cuando llegaron a la calle vieron cómo se desmoronaba el bloque de viviendas de enfrente. Pidieron ayuda en las redes sociales y en pocos minutos se había creado una brigada de rescate. Las hay por toda la ciudad. Vencemos al miedo sintiéndonos útiles y desde Euskadi, frente a mi ordenador, no puedo hacer nada. Así que me voy a dormir, pero pégame un toque si tienes noticias, le digo a Rafa. Y esta vez sí contesta: la virgen de Guadalupe se está vengando de nosotros. Me lo tomo a risa y tanteo los límites del humor negro: pues dejen de matar mujeres. Transcurren doce horas sin que vuelva a saber de él. Cuando despierto, el DF no ha dormido. Las autoridades del Estado piden que la gente vuelva a sus casas, que hay exceso de voluntarios, o que se trasladen a Morelos, donde al fin han localizado a mi excuñada y a su hijo guarecidos en una cantera. Se ha hecho viral un vídeo de bomberos que cantan mientras retiran escombros. «Ay, ay, ay, ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones.» El duelo y la fiesta, la insignia patria. Busco a Chavela Vargas en Spotify y canto y lloro.

Iván dice que soy injusta con mi exmarido, que solo recuerdo lo malo, pero se le escapa que Rafa y México son la misma cosa y que México me lleva del amor al odio sin término medio, como ha ocurrido hoy. Los accidentes son revulsivos. Siempre he soñado con ellos, con salvarme de milagro y salir siendo otra, y en México, con Rafa, el peligro parecía al alcance de la mano aunque siempre nos libráramos. Una vez contesté al teléfono de la cabaña en la que vivíamos y un hombre que se identificó como miembro del cartel de los Zetas me dijo que nos tenían vigilados. Dijo que si no depositaba diez mil pesos en un apartado de correos del pueblo, nos balaceaban. Colgué por instinto, sin reflexionar, y me quedé muy quieta y alerta, como cuando descubrí que una tarántula se había colado en la ducha. Sentí que mi audición se hacía portentosa, que escuchaba los crujidos de las vigas donde anidaban zarigüeyas y el maullido de un gato, muy lejos, y un tintineo de cubiertos en la cabaña vecina y, en resumen, todo lo que se espera de una mañana que comienza en mitad de los llanos. Me alejé de las ventanas y esperé a que volviera Rafa, que había salido temprano a llevar a su sobrino al colegio, y en ningún momento llegué a creer que la amenaza fuera cierta por el mismo motivo por el que nunca juego a la lotería ni compruebo los boletos que me regalan por Navidad: porque las cosas, buenas o malas, siempre les ocurren a

terceros. Sin embargo, sentí mucho alivio y un poco de decepción cuando se corroboró que había sido víctima de un intento de estafa común. Ni siquiera lo reportamos a la policía. Después de todo, el crimen normalizado se transforma en incidencia y las incidencias no son dignas del papel y de la tinta que requiere una denuncia. Solo la violencia extraordinaria se transcribe. Lo saben los tabloides y lo sabían en Monterrey cuando los visité en el año 2012. Hacía relativamente poco que el epicentro del narcotráfico se había trasladado del oeste al este de la frontera, del desierto de Sonora a Tamaulipas, reventando la relativa burbuja en la que habían subsistido las ciudades acomodadas del norte, y los regios que conocí no eran sino principiantes en la excepción. Aún recordaban los neones de las calles principales, el fulgor nocturno de cuando no había toque de queda, y relataban con asombro lo veloz que había sido la transición del miedo a la rutina.

—Al principio recibíamos mensajes de texto cada minuto: balacera en el 7/11 de Constitución, retén narco en la Petromex del centro... No salíamos a la calle sin confirmar que la ruta era segura ni nos acostábamos sin checar que todos los nuestros estuvieran bien, pero eso duró diez días, quince a lo más. La frecuencia de las alertas fue disminuyendo, nos acostumbramos a que nuestros viejos llegaran vivos a casa, y a los furgones con los cristales tintados, a saber lo que viajaba dentro, y a que cada cinco o seis meses nos faltara algún conocido...

No es una cuestión de grado: lo intolerable es lo infrecuente. De todas las lecciones que aprendí en México esta es la que mejor me iba a ayudar a entender Europa, la violencia europea, la de mi propia piel. Claro que pasarían años antes de que lo hiciera. Primero tendría que regresar por completo, olvidar los umbrales del dolor latinoamericano que todo lo relativiza y cambiar el filtro grueso por el fino, la cámara externa por la interna.

Se vive mejor en el epicentro del terremoto ajeno que en el temblor propio, y por eso fui tan feliz en mi otra patria. Sus cadáveres me distraían de mis rasguños. La amenaza de estar a punto de pisar una serpiente de cascabel o de sufrir un secuestro o de presenciar la última performance macabra del narcotráfico me entretenía. Y nunca soy más peligrosa que cuando me aburro.

Justicia poética

Desde que me fui de casa de mis padres, he vivido en siete ciudades distintas y en ninguna de ellas más de nueve meses. Los mejores, o los que más idealizo, son los que pasé en Granada mientras estudiaba el máster. Tenía veinticuatro años y una asignación de seiscientos euros al mes que se estiraba milagrosamente gracias a un alquiler simbólico, a las tapas generosas y a las compañeras rusas y alemanas que venían de la cultura del frío y tenían la costumbre de celebrar fiestas en sus apartamentos con galletas que horneaban ellas mismas. No dependía de nadie y no quería demostrar nada. Había escrito dos novelas y ninguna había funcionado. Tras el enésimo rechazo editorial elegí rendirme, opté por la carrera académica, donde sobresalía sin ningún esfuerzo, y descubrí la paz, un egoísmo risueño con el que la vida era solo un ratito, pero qué ratito. Lo único que escribí ese curso fue un relato erótico que le regalé a Muriel por su cumpleaños y con el que me dijo que se masturbó en cadena. Sigo pensando que es el único texto útil que he pergeñado hasta hoy, y me gustaría que la literatura fuera útil.

Mi fobia social se había evaporado sin transiciones, de todo a nada, tan pronto como dejé a Rafa. Un día estaba con mi marido en Laredo, entregada a una causa eremita, con las rutinas de una pensionista, y al día siguiente celebrando mi cumpleaños en un concierto hasta los topes, haciendo litros de kalimotxo con mis amigos del instituto, que me trataban con la cercanía de quien se despidió de ti hace unas horas, y lamiendo el tatuaje en el hueso sacro de una chica oriental que me juraba que su piel exudaba una sustancia alucinógena. No recuerdo el nombre de la chica, pero recuerdo sus shorts diminutos y sus calcetines de colegiala comprimiéndole la femoral, y que la femoral latía.

Nunca había estado en discotecas, y fui a discotecas. Nunca me había drogado, y probé la cocaína, el speed y el éxtasis. Nunca me había acostado con mujeres, y me acosté con mujeres. Comprendí que a los veintipocos el mundo se rige por el deseo y que, por alguna compleja combinación de factores, cotizaba alto en ese mundo. Allá adonde fuera siempre había chicas más guapas que yo; las había en mi cuadrilla, de hecho, pero nadie les hacía más caso que a mí. Descubrir de golpe, a los veintitrés años, que la gente te desea es como intoxicarse de una droga que tu organismo no depura, que permanece en sangre y modifica estructuras cognitivas, tu forma de hablar y de moverte, y te imbuye de un poder terrible y sin propósito, como si tuvieras un millón de billetes de una divisa que solo sirve para comprar chucherías, y te atracasas. Todo lo

anterior, lo que se consideraba extraordinario para alguien tan joven, como haber viajado y recibido premios y publicado libros, me parecía una pérdida de tiempo. Acababa de salir de la cárcel.

Cuando llegué a Granada había superado la fase del asombro. No era una principiante y, además, ahora disponía de los medios necesarios para que la vida fuese una fiesta. Ya no hacía falta que me hincara de rodillas en los servicios de los bares. Tenía habitación y cama propias. Por las mañanas asistía a clases de materialismo cultural y teoría feminista y de género y adquiría el marco teórico que aportaba trascendencia a cuanto hacía por las noches. En Halloween, me disfracé de la loca encerrada en el ático; en carnavales, después de que estudiáramos la teoría de la performatividad de Judith Butler, me puse un vestido de fiesta entallado, tacones de aguja y un cartel al cuello que decía: MUJER. Disfrazarse de objeto era lo mismo que ser un objeto pero con distancia irónica. Las colas para entrar en locales de moda se acortaban, los camareros te servían al instante y con una sonrisa de anuncio, e incluso los trámites administrativos eran más rápidos. No había de qué avergonzarse porque me había acostumbrado tanto a la atención masculina que la desdeñaba. Confundí mi afición por los retos difíciles con lesbianismo. Aunque no, nunca utilicé esa etiqueta. La orientación sexual era un continuo y me estaba acercando al polo opuesto del que partí. El polo de partida nunca fue *real*. Me habían educado en un marco de heterosexualidad obligatoria que había condicionado y limitado mi transición hacia la vida adulta, pero ahora, por fin, era libre. Recitaba mis nuevas convicciones de carrerilla.

Una noche, o una madrugada, más bien, conocí a Milena. Estaba con Lisa y Laura, dos amigas del máster, en una de las discotecas modernitas del centro, y habíamos conseguido M. Era un día entre semana y la pista estaba prácticamente vacía. Me fijé en una chica que bailaba en círculos, con las manos en el aire, al ritmo de una música que no era la del local sino la que probablemente sonaba en su cabeza, y supuse que estábamos puestas de lo mismo. La acompañaban cinco chicos que vestían como ella, con sudaderas enormes y zapatillas deportivas. El disfraz masculino le daba un punto sexy, como si acabara de follar y se hubiera puesto la ropa de su novio, aunque ninguno de ellos parecía serlo. Buenas vibraciones. La primera regla es que no estén rodeadas de mujeres. Poco antes, mientras hacíamos cola para el baño, se lo había explicado a Laura: si son heterosexuales, funciona a última hora de la noche y sobre todo con las que se creen guapas y han perdido a sus amigas en la última discoteca, de la mano de algún imbécil. Saben que si no ocurre un milagro acabarán en la cama con el más pesado del grupo de tíos con el que se hayan quedado colgadas y que lo harán por deporte, por hacer algo, probablemente un favor. Si te acercas a ellas, siempre piensan que les quieres robar a uno de los simios que las rodean. Saben que son simios, pero se sienten amenazadas, no pueden evitarlo. Y entonces llega el *punch*, cuando descubren que no quieres ligar con ellos, sino con ellas. Si se han quedado hasta las mil, si bostezan pero no se

van a casa, es porque tenían la esperanza de que aún pudiera ocurrir algo emocionante, y esto es emocionante, exótico, lo que estaban esperando.

Cuando me acerqué a Milena y la engullí con mis pupilas tóxicas supe que no encajaba en el perfil que le había descrito a Laura, pero aun así la abordé con la rutina de costumbre. ¿Dónde están tus amigas? Ella señaló a los chicos que la rodeaban y que ahora daban saltos al ritmo de una canción de Rammstein. Me dijo que aquella noche había salido con sus compañeros de piso y se encogió de hombros. Tenía dieciocho años y era de un pueblo de Jaén. No estaba de éxtasis, sino de speed y absenta. Acababa de llegar a Granada, estudiaba Bellas Artes y fotografiaba globos de helio —de los que tienen formas de corazón o de personajes de dibujos animados— cuando aterrizaban en solares industriales o en contenedores de basura, después de que los niños los dejaran escapar. Mientras me hablaba, yo solo veía su labio inferior, tan grueso que se agrietaba en el medio, y la iba arrastrando, poco a poco, fuera de la pista y contra una pared, y cuando estuvo contra la pared, fui poco a poco reduciendo el espacio, y le acaricié el pelo, me gusta tu pelo, es un pelo muy suave, como de arena, y comenzamos a suscitar atención. Teníamos una veintena de pares de ojos encima, ojos de hombres que se pajea con porno lésbico, así que le propuse que saliéramos a fumar. Nos dimos la mano para no perdernos por la zona de la barra, que estaba congestionada. Yo iba delante, abriendo huecos y galerías, y exageraba la estrechez para que nos restregáramos, y sentí que si aquello se alargaba podría correrme sin más, por el calor que percibía contra mi espalda y que sabía que era suyo. Nunca me han vuelto a sentar tan bien las drogas como entonces.

Cuando llegamos a la calle, Milena tenía las mejillas empapadas en sudor y, bajo los neones de la entrada, las gotitas le brillaban como purpurina. Rodeé su cintura con un brazo, la atraje hacia mí y le succioné ese labio inferior que parecía a punto de explotar. No me devolvió el beso pero tampoco se alejó.

—Aquí no. Vamos a mi casa.

Mientras caminábamos, comenzó a amanecer y yo comencé a estar cansada, así que saqué el gramo de M y compartimos los cristales que habían sobrado.

—Esto me recuerda a los polvitos de pica-pica que chupaba de niña, dijo, solo que esos eran agridulces y estos son solo amargos. ¿Te acuerdas de los botecitos? Y también había cigarros de chocolate, pero los prohibieron.

Caminábamos por un callejón vacío con vistas al Darro. El encalado de las paredes del Realejo reflejaba una luz de aparición divina y estábamos absortas. Cuando quise decir algo, ya no recordaba el qué, aparecieron sus compañeros de piso.

Al principio no me molestó que me atosigaran a preguntas ni que me apartaran de Milena, ni los piropos, ni el espacio interpersonal un tanto escaso, pero uno de ellos se pasó de la raya, me inmovilizó para besarme a la fuerza, y a pesar del chute de serotonina que circulaba por mi

sangre, capaz de hacer que reine la armonía en el infierno, perdí la paciencia y comencé a gritar.

—A ver si lo dejamos claro, que creo que os estáis equivocando. Estoy aquí con ella.

Lancé un manotazo al aire y le alcancé en la cara al más bajito, que retrocedió de un salto y exclamó, revanchista:

—No te creas que es bollo. Es solo una guarra.

Apreté el paso y alcancé a Milena, que se había quedado atrás y caminaba sobre el bordillo de la acera en puntas, como si fuera una equilibrista. De pequeña fui gimnasta, me explicó muy sonriente. Y luego: vamos a hacernos un selfi. Eres tan guapa que mañana les contaré a mis amigas que conocí a una actriz o algo y seguro que se lo creen. Me dio la risa y ella tropezó. La abracé para que no se cayera, sentí sus pechos contra los míos, y en un segundo me había olvidado de los acosadores. Le mordía ese labio neumático sin que opusiera resistencia y todo volvía a ser místico y perfecto.

—Necesito quitarte la ropa *ahora*.

Ella señaló el último portal de la calle y dijo que era su casa, que sus compañeros ya habían entrado, y era cierto porque volvíamos a estar solas en aquel rincón del Realejo. Echamos a correr y alcanzamos el edificio en cuestión de segundos. Abrió la puerta, la tomé del brazo y la encerré en el ascensor. Estaba drogada pero no loca. Me negaba a cruzar el umbral de aquella guarida de violadores en potencia, así que nos las tendríamos que arreglar con las dimensiones de un ataúd. Le quité la sudadera y vi un cuerpecito estrecho que todavía era de niña y dos tetas redondas que no eran de niña y la giré bruscamente, como si no quisiera seguir viendo. La puse de cara a la pared, le desabroché la cremallera de los pantalones y comencé a acariciarla desde atrás, con ambas manos, por encima de las bragas. Cuando las humedeció, traspasé el tejido y me resbalé hacia dentro, como sin querer. Milena movía las caderas para que mis dedos alcanzaran algún punto que no parecían alcanzar, y al hacerlo se restregaba contra mí, y aquello me bastó para correrme, totalmente vestida, en menos de cinco minutos. Después de aquel milagro, cuando me dijo que le resultaba imposible acabar de pie, que necesitaba tumbarse, no pude negarme a subir a su habitación. Sacó mis dedos de su coño y me los metió en la boca. Qué le iba a decir. Pulsó el botón del tercero y me dejé arrastrar.

Con un poco de suerte se habrán acostado, susurró, y desde el umbral todo parecía en calma. Aun así nos descalzamos y recorrimos el hall en puntillas para no hacer ruido. Su habitación estaba empapelada con fotografías de globos y pósters de Ariana Grande. Me dio mala espina sentirme vigilada, pero nunca he sido supersticiosa, así que nos tumbamos en la cama y la seguí masturbando. Mientras lo hacía, intentaba desabrocharle el sujetador con la mano que me quedaba libre, pero no era capaz y me obsequé, porque mi exmarido siempre acertaba a la primera y cómo era posible que un hombre controlara esos enganches mejor que yo, y supongo que me distraje de la tarea importante, perdí el tacto y fui tan brusca que Milena dio un grito, no muy alto pero lo

suficiente para que traspasara los tabiques, y entonces, una voz de padre autoritario comenzó a gritar su nombre. Ella saltó de la cama, se vistió a toda prisa y desapareció en la oscuridad del pasillo. A lo lejos se oyó un golpe, algo que rebotaba contra el suelo. Supuse que se habría tropezado y permanecí en la cama haciendo pruebas con los corchetes de mi sostén. Nada. Incapaz de abrirlos con una sola mano. Mi percepción del tiempo era flexible y no supe si pasaron segundos o minutos antes de que Milena volviera, pero irrumpió en la habitación deshecha, con la cara congestionada por el llanto, roja e hinchada como uno de sus globos.

—¡Deja de joderme la puta vida! ¡Dejad todos de joderme la puta vida!

Tardé unos segundos en entender que no me increpaba a mí. Hablaba con las paredes.

Me acerqué a ella como nos acercamos a los animales peligrosos, con cautela, y rocé su espalda con los dedos. Se estremeció de un modo que me hizo pensar que estaba dolorida.

—¡Sigues aquí! ¡Gracias!

Hundió su cabeza entre mis pechos y me manchó la piel de mocos y lágrimas que acabarían volviéndose costra. Luego comenzó a monologar entre hipidos.

—Pensaba que las cosas serían distintas fuera del pueblo. Pero es lo mismo, lo mismo, lo mismo.

Yo me despejé de golpe. Llevaba doce horas en pie y no sabía volver a mi casa. Tendría que llamar a un taxi. La noche se había acabado. No se le podía exprimir ni un sorbo. ¿Cuánto dinero me quedaba en la cartera? Comencé a recoger mis cosas mientras Milena me suplicaba que me quedara a dormir, que tenía miedo de estar sola, pero todos estamos solos y yo no te conozco de nada y no he venido aquí para dormir. Me disculpé con cualquier excusa. La vi por última vez desde el umbral, una adolescente abrazada a su almohadón, llorando con la vehemencia con la que no lloramos los golpes duros, y pensé que yo ya había superado esa fase, y que qué bien, qué alivio, cuánto me alegraba de no ser ella.

Al cabo de seis meses, para despedirme de Granada, volví a la discoteca en la que nos habíamos conocido y me encontré con un ecosistema completamente distinto, saturado de bebidas con pajita y críos en traje. Aquella noche no hubo drogas pero mi borrachera era indigna, de piropos de albañil y súplicas y balbuceos contra una compañera de máster a la que apenas me había dirigido durante el curso porque me ponía roja y tartamuda en su presencia. Marie era tan guapa y heterosexual y con novio que mi acoso nos humillaba a ambas. Era evidente que me quería hacer daño a mí misma, empotrar mi autoestima contra una pared de hormigón, pero ella no se merecía que la convirtiera en mi pared, así que desistí, recobré la cordura, me disculpé y salí del local con un italiano que llevaba toda la noche rondándome y que a Marie le parecía muy guapo. Quizás follándome a alguien con más posibilidades de follársela que yo me quedaría tranquila.

Hacía tiempo que no besaba a un hombre. Me di cuenta de ello en el sofá pijo de piso estudiantil en el que el italiano comenzó a manosearme. También recordé que nunca me corro con

tipos a los que no conozco de nada, pero lo de aquella noche era todo un hacer por hacer para no decir que no hiciste. Apenas nos tocamos. Se quitó la ropa, me quitó la ropa, yo estaba debajo y él encima. Me besaba con una intensidad enervante, de amores en tiempos de guerra. Ponte un condón, le dije. La primera vez se hizo el sordo y siguió baboseándome. Ponte un condón, insistí, y le toqué la polla para motivarle. No tengo condones, contestó. Muy bien. Pues *arrivederci*. Me intenté incorporar y me inmovilizó las muñecas. Qué hostias haces. Comenzó a embestir puntos al azar entre mis piernas, a ver si hacía diana, pero no era muy hábil, estábamos a oscuras y ambos sin brazos. Yo apretaba los dientes y hacía fuerza, como si nos midiéramos en un pulso, pero por mucho que fuera al gimnasio y por muy poco que él pesara, mi inferioridad era indiscutible. La voz de mi enemigo invisible me susurró al oído: ¿conque no hay «diferencias determinantes» entre hombres y mujeres, eh? ¿Conque todo es cultural? Mis gritos no fueron de auxilio sino de rabia y de competición de halterofilia. Por suerte, despertaron a un compañero de piso que aquel viernes no se había ido de fiesta. Gritó el nombre del italiano con una entonación de pregunta, como para asegurarse de que todo estaba bien, de que no habían entrado ladrones. Aquello le hizo aflojar y escapé corriendo. Recogí del salón mi bolso, mi vestido y mis zapatos, y salí desnuda al portal. Me encerré en el ascensor y, ya entonces, me vestí.

No pensé en los paralelismos que guardaba aquella historia con la de Milena hasta que transcurrieron varios meses. Entonces solo pensaba en escapar, aunque ya no estaba asustada porque sabía que el tipo no vendría a por mí. No era un psicópata de película, solo un violador de perfil medio. A la mañana siguiente les contaría a sus amigos que se trajo a casa a una histérica, a una de esas que cambian de idea en el último instante y te dejan con el calentón, las muy putas. Como no tenía miedo, me tomé con cierto humor que el portal estuviera cerrado con llave. Le mandé mi localización a Marie, que seguía en la discoteca, y vino a rescatarme. Llamó al timbre de varios vecinos, pero ninguno contestó. Eran las cinco de la mañana. Nos veíamos a través del enrejado de la puerta y nos comunicábamos por WhatsApp. La situación era tan absurda que tenía que taparme la boca para sofocar la risa. Al cabo de media hora, pasó un basurero por la calle y Marie le explicó nuestra situación. Propuso que llamáramos a la policía, pero antes de irse se asomó al portal para ver mi cara, para ver la cara de la chica a la que le había sucedido algo tan rocambolesco, y reparó en lo que ninguna de nosotras había reparado. Un botón. Un botón blanco en la pared del descansillo que abría la puerta como un portero automático. Toda la noche había tenido que ver con mi orgullo, con hacerlo trizas, y aquello lo pulverizó. Abracé a Marie y le hice prometer que aquel último detalle nos lo guardaríamos para siempre.

—Tenía que ser un hombre, no me jodas.

He contado esta historia tantas veces que ya solo recuerdo el relato. Eso y el vestido de Marie, tan a la moda de aquel verano en el que la mitad de las veinteañeras de la Península Inditex se disfrazaron de novias. Blanco y con encaje. Cuando me concentro en esta noche para ver cuál es el

anillo del infierno al que conduce, se me ocurre que ese vestido es la clave. Que todo va a estar bien si vuelvo atrás en el tiempo y lo toco. Pero qué va.

Al día siguiente me junté con mis amigas y les narré mi desventura tal y como lo he hecho aquí, sin obviar ningún detalle salvo por lo de mi encierro en el portal. Lo que obtuve a cambio fue una lista de agresiones sexuales que me obligaban a concebir mi experiencia como un rito de iniciación en el universo de lo femenino. Las contaban sin rabia, como se recuerda una enfermedad o el día en que tuviste tu primera regla, y sentí que insinuaban que era mujer porque me había pasado *aquello*, que ni siquiera competía en gravedad con lo de Sonia y el profesor de arpa que la intentó violar en su coche a los doce años, ni mucho menos con lo de Lucía, a la que un tipo con navaja le robó el bolso e, insatisfecho con su botín, la obligó a arrodillarse frente a su polla para que tuviera un primerísimo plano de ella mientras se masturbaba. Quiso mancharle el rostro de semen pero erró el tiro y eyaculó contra la pared. Se quedó una costra seca en el subterráneo que atravesaba a diario de camino al instituto.

Escuché sus anécdotas con asombro. Aquello no podía ser la norma. En México quizás, pero no en España. O quizás en España sí, pero no en Euskadi. Euskadi era un país civilizado y por eso los independentistas tenían razón y había que amputar el miembro para que no se extendiera la gangrena. De vuelta en Bilbao, tranquila y a salvo, podría seguir defendiendo el refrito ideológico que había extraído de Preciado y de Butler, de las autoras que sistematizaron lo que yo intuía desde pequeña, desde aquel viaje en coche en el que vi por última vez al hombre que me legó sus genes y que no por eso es mi padre: no hay determinismo biológico, «mujer» es un constructo cultural, un club que distingue y excluye en virtud de normas arbitrarias y en el que debería sentirme integrada pero no lo estoy. Nadie por el mero hecho de tener coño puede hablar en mi nombre; yo no firmé la membresía, me inscribieron otros. Cuando se levanta el telón de la performance, cuando el clown se quita el maquillaje, no queda nada distintivo salvo las agujetas en los brazos por haber luchado contra un oponente que no compite en tu categoría por peso, que se salta las normas, pero quién dijo que la vida fuera noble como el box. *Man up*. Las chicas son unas lloronas pero tú no tienes por qué ser una chica.

Crónica sevillana

—Es la primera vez que vengo a Sevilla —le digo a María José cuando me recoge del aeropuerto, pero al instante me corrijo—: Bueno, en realidad he estado aquí antes, pero se me ha olvidado.

Ella aparta la vista de la carretera y me mira entre divertida y extrañada. Seguro que espera el relato de alguna borrachera catastrófica que haya eliminado cualquier recuerdo de mi anterior visita a la ciudad. Ha leído *Modelos animales* —me ha invitado para dar un taller a partir de uno de los cuentos del libro, que es todo vísceras y locura— y parece inevitable que tuviera una imagen de mí que no se corresponde con lo que se ha encontrado. No encajo en mi personaje. Soy esta voz aflautada y sonrisa nerviosa y taconcitos femeninos que nadie entiende que son un disfraz. La drag queen más guapa del show. Esa soy yo. Pero me lo callo. Tan solo clarifico mi última frase.

—Tengo veintiocho años y diez meses, y hasta hace veintiocho años y un mes vivía aquí.

Los neurólogos niegan que podamos construir recuerdos conscientes a una edad muy temprana, así que mi vida en Sevilla, donde di mis primeros pasos, no existe. Solo aspiro a imaginarla.

—¿En qué zona?

No lo sé, pero cojo el móvil y le envío un wasap a mi madre para averiguarlo.

«En el Albaicín», me contesta.

«Ama, el Albaicín está en Granada.»

Se hace un lío porque antes de que yo naciera vivió en distintas ciudades andaluzas. Ella y mi biopadre eran periodistas y se movían de redacción en redacción. De algunas salían huyendo, de otras los echaban. Una de las anécdotas preferidas de mi madre es la que relata su fugaz experiencia en la COPE. Por mediación de un conocido, le asignaron un pequeño espacio dedicado a la actualidad cultural en y, viendo que funcionaba bien, le propusieron ascender a FM. Nunca he entendido por qué se tuvo que significar sobre el aborto en un programa de entrevistas a escritores, pero el hecho es que lo hizo y sonaron las alarmas de la emisora. Cuando el jefe se acercó a su cabina para comentar el incidente (primer aviso, tarjeta amarilla), se la encontró pintándose las uñas de los pies sobre la mesa de mezclas y el despido fue inmediato.

Ella se jacta de esta historia, la cuenta con orgullo, como quien recuerda fechorías adolescentes. A mí no me hace gracia, porque no era adolescente. Tenía veintisiete años,

necesitaba trabajo y estaba a punto de quedarse embarazada de mí. ¡Un poco de madurez! Claro que mi opinión tampoco cuenta porque llevo diez años perfeccionando el arte de odiarla por nimiedades de este tipo. Ojalá me hubiera tocado una maltratadora o, como poco, una de las descuidadas, de las que olvidan tu cumpleaños y la hora a la que sales del colegio y luego intentan enmendarlo comprándote muñecas que no quieres. Pero me tocó lo peor, la abnegación. Otra historia que he escuchado miles de veces es la de cómo abandonó Sevilla, y con Sevilla a mi padre, y con mi padre su puesto en el periódico, para volverse a Bilbao y dedicarse a mí. Se buscó un marido que supiera cuidarme, y estudió unas oposiciones para auxiliar de justicia que le garantizaran un sueldo fijo. Eligió el aburrimiento.

—Triana. Vivíamos en Triana.

María José me dice que está lejos de donde me hospedo y noto que lo dice con pena. Por algún motivo, le interesa esta historia sobre cómo vuelvo a una ciudad en la que fui bebé, quizás más de lo que le habría interesado una ficción sobre anfetaminas y amnesia.

—¿Por qué no madrugas mañana y le pides a un taxista que te dé una vuelta por el barrio? Tienes tiempo.

El plan no acaba de convencerme, pero me noto expectante, con ganas de comprobar si visitar Sevilla va a ser distinto de visitar cualquier destino nuevo, si aunque sea imposible que recuerde, voy a sentir que algo resuena.

Nada más salir del coche, me despido de mi anfitriona y a escondidas, como si fuera ilegal, engullo un Redbull de dos tragos y me pierdo por callejuelas en busca de un bar con terraza. Encuentro cosas familiares, un poco de Granada y un poco de Córdoba, ciudades en las que, como mi madre, yo también viví antes de los veintiocho. No hay manera de enfrentarse a lo nuevo sin compararlo con lo conocido. Ya me pasó en México. Me costó entender que el paisaje existiera por sí mismo y no como una antítesis de Europa, que hubiera estado antes y no después, y aunque aprendí a observarlo desde dentro, la semana pasada visité Lima y todo lo que encontré en Lima fue el DF. Mi experiencia de Perú fue la experiencia de no estar en México, y algo similar me ocurre aquí, en Sevilla, que no es ni Córdoba ni Granada. La cerveza te la sirven sin seseo ni aperitivo y yo también soy otra. Ya no tengo veinte años ni se me dilatan las pupilas con cada detalle. Estoy de paso y cansada. Por lo menos en la terraza da el sol.

María José me intercepta de nuevo al cabo de una hora, cuando estoy cubierta de semillas que me han llovido de un árbol cercano. No me he dado cuenta porque estaba absorta en el móvil. Anoche nació mi sobrina. He estado digiriendo la avalancha de fotos y muecas de un ser que apenas recuerda a nuestra especie y he leído la palabra «perineo» en varias ocasiones. Comento la noticia y despachamos el tema con un «qué bonitos son cuando son de otros», aunque la maternidad es un tema que me ronda desde que cumplí la edad a la que mi madre fue madre. Si recuerdo anécdotas como la de su despido en la COPE, me siento más capaz de cuidar de un bebé

que ella, pero, por otro lado, soy la persona menos capaz de hacerlo. Está mi fobia al ruido, los colapsos tras esa fiesta en la que había demasiada gente y la necesidad de vivir aislada para purgarme, veinticuatro horas de silencio tras una reunión familiar, cuarenta y ocho tras un vuelo con turbulencias. Siempre que aterrizo pienso que voy a morir y descubro que no me importa demasiado. De hecho, me embarga una paz hipnótica, de benzodiazepinas o de domingo a la mañana cuando la casa está tan sucia que no importa arrojar una colilla más al piso. Pero después, durante días, recuerdo el episodio y me tengo miedo. No, no puedo ser madre, ni ser mi madre, que se hizo adulta de golpe, en esta ciudad, porque no le quedó otro remedio. Podría ser mi biopadre, eso sí. Tengo el arquetipo de Sylvia Plath grabado en cortocircuitos sinápticos. Este Halloween me disfracé de ella, construí un horno de cartón y metí la cabeza dentro, y lo hice para expresar que me intuyo como la intuyo, pariendo por un deseo que no es mío, parecido al afán consumista, a la necesidad de adquirir productos de la teletienda que no son necesarios, que se acumulan en el desván con su embalaje, pero no hay desván que acune a un bebé. Las mujeres locas y los hijos incómodos son animales de ático.

María José me pone al día sobre el ciclo de conferencias en el que participo, sobre la ineptitud burocrática de las concejalías de Cultura, sobre el tamaño de las raciones (tapa, media, entera). El día es fresco y claro. Las fachadas encaladas de Andalucía existen para esta luz que rebota de acera en acera y deslumbra. Retiro las migajas de jamón del salmorejo, pero no soy meticulosa. Hay varias que se hunden en el espesor de la sopa y las busco a conciencia, para engullirlas. Un desliz en mi dieta vegetariana, apenas un regusto a sal. Me fijo normas para transgredirlas, para señalar fechas concretas del calendario. El mes pasado, por ejemplo, se cumplieron dos años de la muerte de Gari y lo homenajeé comiendo carne, un chuletón a la brasa de los que siempre me ofrecía y yo que no, lechuga y tomates, pero de un rojo bélico, de la huerta. El olor de las ascuas y el regusto a grasa quemada me torturaron durante horas, incluso después de ducharme y lavarme los dientes. Pero supongo que ese era el objetivo, que el recuerdo se alojara entre las mandíbulas prietas, para no dejarlo ir.

Me resulta sencillo encontrar el camino de vuelta al hotel y, al cabo de un rato, tras preparar mi charla, llego a la librería sin apenas consultar el GPS. Todo está en un radio de tres manzanas, pero mis problemas de orientación son severos. La semana pasada, por ejemplo, me perdí por el hospital de Gornitz al que han trasladado a Zuriñe, por un edificio centenario en primera línea de playa que a principios del siglo XX fue un sanatorio para tuberculosos y que conserva la majestad de los balnearios para ricos, escenarios de *La montaña mágica* de Thomas Mann, pero que con el paso del tiempo y con los desconchados que provoca el salitre en la pintura recuerda más a un psiquiátrico abandonado. El perímetro es inmenso y tiene varios pisos, así que nada más llegar llamé a Zuriñe para pedir instrucciones. Recibí una serie de órdenes confusas: sal del ascensor en

la primera planta, sigue la línea verde, gira a la derecha, abre la puerta que da a la terraza y, desde ahí, abre otra puerta. No entendí gran cosa pero supuse que me orientarían los celadores y me adentré en un laberinto de pasillos y pasarelas que comunicaban con más pasillos, todos desiertos salvo por un residente que me abordó por sorpresa, señorita, señorita, ¿tiene lumbre?, y al que le di el mechero como le hubiera dado la cartera de habérmela pedido. Salió corriendo hacia una puerta que resultó ser la terraza y solo desde allí logré ubicarme. Luego, cuando se lo conté, Zuriñe me regañó por haberle dado fuego a un señor con demencia senil, pero ¿cómo iba a saber lo que tenía? ¡No pensé que estuviéramos en un geriátrico! Me dijo que era la única paciente menor de setenta y cinco años de la sección de trauma. Arriba, donde los terminales, hay de todo, pero la cadera solo se la parten las viejas, dijo. Salimos al porche con vistas al mar, pero prefirió que la sentara de espaldas a los niños que chapoteaban en los toboganes acuáticos, instalados junto a la pintada de Amnistía del malecón que ya estaba allí cuando nosotras nacimos. Welcome to Dismay-land. Ahora, por primera vez, siento que se respira más limpio lejos de la costa.

Antes de perderme por el sanatorio de Gorniz, me había perdido por Basurto, por el casco viejo de Bilbao, por el campus de la UPV e incluso por una casa de campo en forma de U de la que nunca pude escapar sin ayuda, pero por Sevilla avanzo con seguridad y fantaseo con que la memoria espacial es anterior a la biográfica. Quizás conservo de Sevilla un mapa antiguo, un esquema de calles que se activan según las recorro: ahora la Carmen Benítez; ahora la Recaredo; a la izquierda, la Muro de los Navarros. Un vestíbulo estrecho y saturado de anaqueles desemboca en un salón más grande donde hay sillas y público. Me esperan. Vengo a comentar «Famous Blue Raincoat», un relato inspirado en la canción de Leonard Cohen, y Cohen acaba de morir. Me enteré por la radio mientras me duchaba y rompí a llorar. Para mí no son los olores como lo eran para Proust; para mí es siempre la música y, en este caso, los últimos destellos de mi adolescencia, una época en la que estar en el mundo era descubrir un canon que nuestros padres vieron erigirse en directo: Pink Floyd, Bob Dylan, Bruce Springsteen, Van Morrison, Tom Waits, un largo etcétera, y en el podio, Leonard Cohen. Salí del baño con los ojos enrojecidos y entré en el despacho de Iván, de duelo en Twitter, para demostrarle que aún recito las tres estrofas de «Suzanne» y las cuatro de «Hallelujah». «I heard there was a secret chord that David played and it pleased the Lord, but you don't really care for music, do you?»

Iván *does care for music*, pero cuando escuchaba esta canción en bucle vivía con mi exmarido y él no habría entendido mi ataque de llanto por un canadiense al que solo me vinculan un puñado de rimas y recuerdos extrañamente vívidos: tener dieciocho años y preguntarle a Google quién era David y cuáles los acordes secretos; tener diecinueve y escribir una novela protagonizada por un pianista afásico a quien su padre llamó Dylan pero que habría preferido llamarse Leonard; tener veinte y discutir con una amiga sobre el significado de esos versos tan geniales, «Jesus was a sailor when he walked upon the water», y desear que mi marido fuera ella, que sí conocía el

gospel; o cumplir veintitrés y estar al fin desnuda en su cama, puesta de M, cantando «first we take Manhattan, then we take Berlin», y que de pronto me interrumpa: ya va siendo hora de que escuches música de tu siglo, querida. Y que comience a sonar Disclosure y arranque mi periodo de electrónica.

María José me presenta. Recita mi currículum, añade un par de frases elogiosas de su autoría y, en un gesto teatral, enciende los altavoces para que atruenen los primeros acordes en 3 por 4 de «Famous Blue Raincoat». Hay un hombre ciego en primera fila que escucha con los ojos cerrados. El resto del público tararea. Voy a hablarles de aquello que existe en el mundo y puede dar pie a una ficción: de la autobiografía, de la prensa, de la historia, de los textos de los demás. Insisto en que las barreras entre la crónica, las memorias, la autoficción y la ficción son inexistentes porque escribir es recordar y recordar es siempre un acto imaginativo. Escribimos para dejar constancia de quiénes éramos hace un instante, cuando nos sentamos frente al procesador de textos, y como no tenemos pistas, fabulamos. A veces somos parásitos de ficciones ajenas, nos apropiamos del pasado para que nos incluya. No estaba en el guion, pero me pongo académica y les hablo de la corriente poscolonial que apostó por versionar a los clásicos, de Jean Rhys y de Coetzee, de los autores de las naciones recién emancipadas del imperio que descubrieron, como las primeras feministas, que se les había impuesto un canon en el que jamás hallaban su voz, ni secuoyas, ni guanábanas; que las virtudes de Shakespeare se ensalzaban como un ejemplo más de la superioridad del hombre blanco. ¿Y qué se puede hacer con el legado de nuestros padres cuando es un legado que humilla pero es el único que nos queda? Se llega a un acuerdo. Se reescribe. Se profanan sus tumbas.

He estado a punto de no llegar a Sevilla porque antes de ayer perdí mi DNI por tercera vez en lo que va de año. Por suerte, guardaba un pasaporte caducado con el que me han dejado volar, pero no paro de darle vueltas a esta obstinación por deshacerme de mis credenciales que me acompaña desde que soy adolescente. Entonces, el carnet de identidad formaba parte del campo de batalla, significaba el sueño de un plástico distinto y mejor, sin la palabra con ñ que nos inducía el vómito, y a pesar de que me exponía a sanciones de multa, lo suplanté por la acreditación ilegal que expedían los colectivos independentistas. También aquella la perdí. No era tan diferente, después de todo, porque ni siquiera en mi país imaginario me dejaban prescindir del segundo nombre que se me impuso sin el consentimiento materno, ni cambiar el orden de mis apellidos, ni obviar a mi biopadre en el reverso donde se inscriben los vínculos familiares. El Estado represor, al menos, me fue concediendo caprichos a lo largo de los años. A los quince dejé de ser Aixa Zulema, a los dieciocho antepuse el De la Cruz al Pérez, a los diecinueve cambié de soltera a casada, a los veintidós, de casada a divorciada y a los veinticuatro, porque ya iba siendo hora, actualicé mi dirección postal. La única información que nunca ha variado es la que me define como hija de mi madre y de un señor al que no conozco, él por encima de ella.

Mientras esperaba en la puerta de embarque, he tecleado por primera vez «es posible suspender paternidad» en Google, desembocando en un artículo del Código Civil del que no he entendido nada y del que tampoco esperaba gran cosa. Después de todo, conozco las quejas de los colectivos feministas que hace tiempo que denuncian que los jueces suelen mostrarse contrarios a suspender la patria potestad de los maltratadores a los que meten en la cárcel, lo que significa que vivimos en un sistema en el que la herencia es más sagrada que la libertad. Sospecho que el título de padre es como el título de doctor, vitalicio aunque mucho más fácil de obtener, sin el abono obligatorio de las tasas, sin exámenes y sin los cuatro años de dedicación en exclusiva que requiere una tesis. Los derechos de paternidad sin contrapartidas son el precio simbólico con el que agradezco no ser una bastarda. En la década en la que crecí, los hijos de madres solteras eran hijos «no reconocidos» y la ley hacía excepciones con ellos, a los que sí permitía cambiar el orden de sus apellidos para camuflar su deshonra. Pero en el año 2017 la deshonra es la de acarrear de por vida el nombre de un desconocido en el anverso de la identidad. No me extraña que el DNI se me escurra entre los dedos.

Sería una bonita forma de venganza escribir la biografía no autorizada del padre que no conozco, mentarlo con nombre y apellidos y monstruosidades de mi cosecha, pienso minutos más tarde cuando alguien entre el público menciona la polémica suscitada por el último libro de Elvira Navarro. A Elvira se le ha echado a la yugular Víctor Erice y, con él, toda la masa cibernética, por haber publicado un libro que reflexiona sobre la imposibilidad de escribir la memoria de los muertos a raíz de la figura de Adelaida García Morales. La protagonista, una directora de cine que está rodando un documental sobre la autora de *El sur*, se entrevista con personas que la conocieron y lo que obtiene es un relato grotesco, inverosímil, que los desacredita como testigos. Pero Erice y otros lectores han leído *Los últimos días de Adelaida García Morales* como un intento de biografía veraz y acusan a Elvira de difamación. De nada le ha servido invocar conceptos postestructuralistas ni apelar a los límites borrosos que separan vida y literatura. Nadie quiere ver su nombre mancillado porque, como diría Aresti, sabemos que el nombre es el ser y que no somos sino nuestro nombre. Pero yo he tenido al menos tres distintos.

Hablo muy deprisa porque es mi forma de enfrentarme al pánico escénico y en menos de tres horas he tocado todos los temas que traía preparados y otros muchos. Estoy sedienta y empalagada de escuchar mi propia voz. Pido auxilio y María José clausura el acto. Después de firmar un puñado de ejemplares, su novia y ella me evacúan a una tasca en la que engullo un litro de cerveza antes de integrarme en la conversación. Sé que esta noche me retiraré pronto. Me caen bien pero no estoy cómoda. Siento que me juzgan. Hago un repaso del día, de lo que he dicho, de lo que ellas han dicho, busco cualquier detalle que pudiera habernos ofendido mutuamente y no encuentro nada, así que este malestar debe de ser el que me suscita la comunidad lésbica, ni más ni menos. Me he vuelto homófoba en el sentido etimológico en el que prima el componente de miedo, manda

narices. Sé que no me van a reprochar, como sí hacen mis amigas de Granada, que me haya decantado por un hombre, por la opción normativa, la más fácil, la que no da problemas. No lo van a hacer porque ni siquiera me conocen, pero llevo el boicot por dentro y me pone en guardia. Hubo una época en la que el sexo era sexo, y la política, política. Luego las cosas se mezclaron. O conocí a demasiada gente que las mezclaba, gente que concebía el deseo como una herramienta de acción militar, y en qué mundo cabe, *my body is not a temple* y no soy lo que como, pero ahí está el discurso y ahí, la culpa. Le he dado la razón a mi madre, que decía que lo de las mujeres era una fase, un experimento exótico de los míos. La odié durante años por aquello, y ahora por qué la voy a odiar. Me estoy quedando sin excusas.

A pesar del cansancio que acumulo, duermo muy poco. Se me olvidó echar las persianas y despierto cuando amanece. Tomo un taxi a la estación desde la que sale el bus al aeropuerto y dejo la maleta en consigna. Luego veo un puente y lo cruzo. Fotografio el caudal y los barcos turísticos, con los restos de la Expo'92 al fondo, le envío las imágenes a mi madre y aprieto el paso.

Hija, no te vayas a meter en las 3.000 Viviendas.

Me estoy alejando del centro porque desaparecen las huellas históricas y brotan las peluquerías que no son franquicia de ninguna marca de champú, pero no sé hacia dónde me dirijo. Sevilla me sigue inspirando la seguridad de que no puedo perderme, y quiero disfrutar de esta sensación que es nueva y que me permite caminar por caminar. Me resisto a abrir el mapa hasta que me detiene la autopista. ¿De dónde estoy saliendo? El punto azul del geolocalizador me sitúa en los márgenes de Triana.

*Estás aquí por ti acaricia esta idea
de carne como la libertad en el vaivén de las tinieblas.*

Recuerdo estos versos con los que me consolaba cuando me fugué de Madrid a Llanes con lo puesto y sin coche y completamente sola y me siento inmersa en un relato con estructura literaria. Sin pretenderlo, he llegado al barrio en el que aprendí a andar. Comienzo a tomar apuntes y a decidir el ángulo desde el que escribiré esta historia, porque es seguro que está aquí para que la escriba, para qué si no. Doy media vuelta y me pierdo por callejuelas que parecen ancladas en los ochenta y ahora estoy lista para ver a mi madre empujando un carrito de bebé con su pelo cardado y su minifalda de cuero. Es tan joven o tan vieja como yo. Más joven porque ha vivido menos, o distinto. Se ha encontrado a su mejor amiga en la calle, con una jeringuilla en el brazo y, precisamente por eso, nunca ha probado las drogas. Le han dicho en la redacción que mi biopadre ya no esconde su rollo con la chica del teletipo y se prepara para una ruptura peor que cualquiera de las que yo haya vivido porque para ella será la única. Los gitanos del barrio le dicen que se está echando a perder, que tan joven y guapa seguro que encuentra a un buen hombre, a pesar de ir

con niña. La niña es un hándicap pero es lo único que tiene. La saca de paseo por el parque María Luisa y, de vez en cuando, se montan en las calesas que he visto aparcadas frente a la catedral. Siempre me han gustado los caballos. Qué triste y sola debía de encontrarse mi madre a bordo de esa atracción para turistas enamorados mientras sopesaba sus opciones. Y aun así, me habla de Sevilla con nostalgia, de lo gorda que me puse por hincharme a yogures cremosos y de lo rápido que eché a andar; de las primeras palabras que aprendí y de cómo las gritaba con un deje tiránico desde la cuna: Ana, ven. Hay algo admirable en la alegría despreocupada que la caracteriza. *She doesn't look back in anger*. Es incapaz de sentir rencor. Y por eso la juzgué mal cuando fui a terapia y decidí que era el origen de mi carácter culposo, que me arruinó con esa historia sobre los sacrificios que tuvo que hacer para cuidarme. Dejó cuanto tenía en esta ciudad por mí, es cierto, pero no se arrepiente de ello. Soy yo quien ve reproches donde nunca los hubo.

Aún faltan dos horas para que salga mi autobús y me quiero llevar algo de este sitio, un souvenir, una foto de los tendales con bragas gigantes que ocultan el cielo, pero calla, menudo cliché. Camino de vuelta al Guadalquivir y me veo reflejada en los cristales de una mercería, con el pelo largo y lacio, grasiento, quemado por las planchas de alisar. El local contiguo es una peluquería desastrada de esas que pueblan el barrio, y no tiene clientes.

—¿Me puedes cortar el pelo?

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Ahora?

—Sí.

Me atiende una mujer sudamericana guapísima, de esas con las que no puedo evitar comportarme como si les quisiera pagar la cena. Le hago gracia. Nos tratamos como si nos conociéramos de antes. Señalo mis orejas y corta. Señalo mis cejas, e igual. Con el pelo húmedo brotan mis tirabuzones y me regaña por esconderlos.

—Estás mucho más guapa así, como una actriz francesa.

—Pues dale al aspersor.

Ya voy teniendo una edad para asumir que mi pelo es rizado y que mi madre no es el origen de todos mis males. Ya tengo la edad de ser mi madre. Es la primera vez en mucho tiempo que me apetece hablar con ella y me digo que la llamaré en cuanto salga, que me sentaré en un bar a comer algo y le contaré todo lo que he visto y entendido a lo largo de este paseo. Pero funciono a base de impulsos, y si no los obedezco al instante la motivación se deshinch. Cuando me siento en la cafetería de la estación con una cerveza y un plato de patatas me pongo a revisar las notas que he tomado para escribir una crónica sobre mi visita a Sevilla, un texto con epifanía final, la historia de cómo perdoné a mi madre al visitar la ciudad en la que me crío con la misma edad que ella tenía cuando yo nació. Me vuelco en eso y no en llamarla. Será que aún no me creo que la historia

sea cierta. No lo será hasta que la transcriba. Entonces sí, entonces emendaré las cosas, pero hasta entonces el arco narrativo sigue abierto.

Cambiar de idea

Maixa me recomienda que pronuncie todas mis sílabas, sin hacerme la londinense, que no me extienda tanto en el marco teórico, que pruebe el equipo informático antes de que comience la defensa, que sea humilde, que tome notas sobre las preguntas y sugerencias del tribunal y que los invite a comer a un restaurante con menú cerrado. June opina que lo del menú es muy cutre y me sugiere un cáterin en la facultad, una cita de Weber, medio lexatín con el desayuno y llevarme en coche hasta Gasteiz. Acepto la bibliografía y el traslado.

Salimos de Bilbao con mi madre, mi prima y mi novio comprimidos en el asiento trasero, con la luz del depósito de reserva parpadeando, histeria colectiva y conversaciones que se superponen. No es de extrañar que nos pasemos de largo la gasolinera de la A-8. Durante unos kilómetros muy tensos, se baraja la posibilidad de que nos quedemos tirados en la autopista y descubro que me da lo mismo. Me da lo mismo llegar que no llegar, doctorarme que no. La indiferencia se me nota a simple vista. Yo, que me subo a unos tacones hasta para entrar en bares con suelo de serrín, soy la peor vestida del aula magna, tengo el pelo sucio y restos de legañas en los lagrimales.

Nada de esto importa porque ya ha pasado.

Mi indiferencia es fruto de una paradoja temporal: atravieso un recuerdo.

Hay un único instante en el que el guion presenta fisuras, las famosas *faultlines* de Alan Sinfield —referenciado en la bibliografía general, página 367—, y es cuando toma la palabra el catedrático, el único señor de la mesa, y quien la preside. No entiende el capítulo en el que analizo el impacto que tuvo el escándalo de Abu Ghraib en la representación de las mujeres violentas, aunque mis únicas aportaciones originales aparecen recogidas en esta sección. Inmediatamente después del 11 de septiembre, el conservadurismo estadounidense aprovechó la confusión para arremeter contra el feminismo de la igualdad. América había sido atacada porque sus enemigos la percibían débil, porque los hombres ya no se comportaban como hombres. Las series que se produjeron entonces reflejan el regreso de los roles de género clásicos, «Salvar a la animadora, salvar el mundo», con héroes de inspiración western como Jack Bauer y mujeres indefensas y estúpidas. Pero a medida que nos alejamos de la Zona Cero, la tendencia se invierte. Arranca un periodo marcado por los personajes femeninos, mujeres con katana, con placas del FBI y de la CIA, que rompen los códigos binarios combinando lo mejor de ambos mundos. Pueden cortar cabezas y ser madres, pueden ser andróginas y reivindicar la tan denostada intuición

femenina, sin cortocircuitos, al mismo tiempo.

Le cuento al presidente que las heroínas irrumpen muy tarde en los géneros de acción porque el discurso esencialista siempre ha promulgado la pasividad y la dulzura que nos son propias. Hasta la agente Ripley, las únicas mujeres violentas que aparecen en pantalla son descendientes de Medea, monstruos del cine de terror. Y hay un sector del feminismo que se basa en estos prejuicios. Es el feminismo que siempre habla de feminizar las instituciones, como si incorporar mujeres a la política o al ejército tuviera un efecto civilizador de por sí, como si todas fueran santas y su santidad, contagiosa. Es el feminismo que me irrita, y sufrió un duro golpe cuando se filtraron las torturas de Abu Ghraib. La sociedad estadounidense no entró en shock porque sus militares torturaran, sino porque lo hicieran también *las* soldados. Las imágenes que se volvieron icónicas son aquellas en las que Sabrina Harman y Lynndie England posan sonrientes junto a montañas de iraquí desnudos. Lo único positivo que salió de aquel horror fue que cuestionó los valores *innatos* de cada sexo, señor presidente, dando pie a personajes híbridos como los que analizo a lo largo del último capítulo.

El señor presidente no quiere entrar en polémicas, me dice, pero tampoco se guarda su opinión:

—Cada vez que alguna de esas filósofas a las que usted menciona me viene con que no existen diferencias entre los dos sexos me entran ganas de hacer una colecta para que estudien medicina o biología, así de claro.

El silencio que precede a mi respuesta huele a sangre, a la posibilidad de la sangre. Pero dejo que la bala me silbe junto al oído y encajo el comentario con la simpatía de una aspirante a Miss.

El tribunal regresa de las deliberaciones mientras aquí, en el presente desde el que escribo estas líneas, aguardo a que se dicte la sentencia sobre el juicio de la violación de Sanfermines. En el presente desde el que escribo, estoy mucho más nerviosa que dentro del texto, donde dibujo florecitas en el que será mi último cuaderno de estudiante y no reparo en que todo el mundo está a la espera de que haga algo. Maixa carraspea hasta que consigue captar mi atención. Tiene los ojos descoyuntados y gestualiza como un DJ antes del típico subidón del tecno-house. Al fin entiendo. Esto es como un juicio y, si no me pongo en pie, no leen mi condena. Acato el protocolo y finjo que me sorprende que todo salga según lo esperado, que me feliciten y firmen mis actas y me den la bienvenida a este nuevo club y a este nuevo tratamiento del que solo la muerte me separará. Doctora De la Cruz de por vida.

Y ahora qué.

Maixa me envía el link a un estudio sobre la incidencia de la enfermedad mental entre doctorandos e investigadores. June me ayuda con los papeles para solicitar la prestación por desempleo. Maixa me recomienda que divida mi disertación en cuatro o cinco artículos y que los publique en revistas especializadas mientras que June se inclina más por el formato monográfico. Ambas me advierten sobre la crisis existencial que me aguarda y yo les digo que estoy a salvo

porque tengo un plan, un plan sustitutivo. Si un clavo se saca con otro clavo, el vacío que deja una tesis doctoral se amuebla con una novela, o con algo parecido a una novela, algo que se acercaría al género de las memorias, tal vez, aunque prefiero pensar en confesiones, como las confesiones de criminales que circulaban por la Inglaterra del siglo XVIII, ¿no os suenan? Eran panfletos editados por la Iglesia con afán educativo-disuasorio en los que se narraban las carreras delictivas de los condenados a muerte. Algunos teóricos sostienen que impulsaron el auge de la novela porque los lectores siempre querían más y no había reo para tanta demanda, así que aparecieron los escritores profesionales a cubrirla. Ya veis, la confesión es el origen de nuestro oficio. Y será porque me crié en un entorno laico, pero a mí no me parece que la culpa sea algo tan terrible. La culpa es el material con el que se fabrica la justicia poética, el castigo para las penas que prescriben o no se tipifican... En fin, que esta es la idea: narrar mi trayectoria, mis treinta años de delitos menores, para demostrar que casi todo lo que me avergüenza tiene que ver con un defecto tan paradójico como el de la misoginia.

June ha dejado de escucharme hace rato. Maixa evalúa mi proyecto con un resoplido. Pide ejemplos de mis afrentas contra las mujeres y yo le hablo de una erasmus a la que arrastré a los baños de un bar con la excusa de invitarla a droga y de cómo, una vez dentro, le pedí que se liara conmigo a cambio de la invitación; de cómo abandoné a Milena en un contexto que me pareció peligroso y mientras me suplicaba que no la dejara sola; de la novia de Manu, de lo mucho que tuve que acosarla para que no haya vuelto a contestar a mis mensajes... Me interrumpe antes de que finalice la lista.

—No es lo mismo que lo hagas tú a que lo haga un hombre.

—No digo que sea lo mismo. Digo que es igual de reprochable.

—Discrepo.

Estamos a principios de octubre del año 2017, lo que significa que falta muy poco para que estalle el caso Harvey Weinstein y el hashtag #MeToo se adueñe de nuestros muros y *timelines*. El tuit que desata la reacción en cadena se publicará el día 15 y yo descubriré el fenómeno el 19, cuando comiencen a surgir las primeras voces críticas entre el feminismo, las que lamenten, por ejemplo, que la exposición siempre recaiga sobre las víctimas y exijan que sean los agresores quienes, para variar, den un paso al frente. Yo respaldaré esta iniciativa y lo haré desde el ejemplo, reconociendo que sí, que yo también acosé, pero no se me ocurrirá instalarme en la posición de quien denuncia, no habré cruzado aún la línea fantasma que en el instituto me separaba de los pupitres de las chicas ni habré entendido el significado de la violencia sexual contra las mujeres, su función disciplinadora. Me tocará contarles a mis nietas que participé en el #MeToo desde el travestismo. Me siento más cómoda con la confesión que con el testimonio, como culpable que como víctima, porque sigo apostando por el reverso ganador de las monedas: entre

patria o muerte, patria; entre orden y caos, ya se sabe.

—¿Tú qué opinas, June?

June sí se dejará incluir en la demanda colectiva, enumerando en su muro de Facebook una colección de agravios de los que nunca se había permitido hablar pero que una vez recopilados y transcritos saldrán a la superficie como ronchas calientes al tacto, como una armadura defensiva. En el ejemplo con el que Freud ilustraba el trauma, un hombre sobrevivía a una colisión de tren, caminaba aparentemente ileso hasta su casa y, una vez a salvo, manifestaba los primeros síntomas de su cojera. June está a punto de llegar a casa, a punto de somatizar un cuerpo lleno de cicatrices y de exhibirlas con el mismo orgullo desafiante con el que Zuriñe me mostró las suyas. Pero todavía no estamos en ese punto; sigue siendo la amiga que te quiere a regañadientes porque no soporta mirarse al espejo.

—Si vas a escribir una novela sobre la culpa, más te vale ser culpable de algo más gordo.

Lo soy, sé que lo soy. Todavía no he encontrado la forma de narrarlo, pero me voy a encerrar hasta que me salga, con las rutinas de la tesis, desayunando y comiendo junto al ordenador y cenando cuando Iván me saque del despacho a gritos. Es un milagro que él siga aquí. Sé que al principio, cuando descubrió que no había vida después de la tesis, se planteó dejarme. Bebía a solas en la cocina con un gesto de concentración tan marcado que imaginaba que se le oía pensar, que su cerebro rugía como el ventilador de la nevera y como las termitas de los muebles y que aquel era el ruido que hacen las placas tectónicas antes del apocalipsis. Lo daba por perdido cuando, de pronto, cambió de estrategia.

—Tengo una idea para una novelita rollo *El club de la lucha*. Va de un tipo que se enamora de una feminista y de cómo esta le obliga a ponerse las gafas, o sea, lo que tú has hecho conmigo. Cuando se cambia de lentes y ve todo lo que antes no veía, es incapaz de entender que las mujeres no estén en la calle rompiendo cosas y decide que alguien tiene que empujarlas a dar ese paso, y que ese alguien es él. Así que funda un comando de terrorismo machista de baja intensidad para ponerlas contra las cuerdas y consigue que se organicen paramilitarmente y multipliquen sus logros. Pero entonces entiende que ha cometido el *mansplaining* definitivo, porque ¿quién es él para decirles a ellas cómo tienen que luchar sus luchas? Haga lo que haga, siempre será el enemigo, así que lo único que puede hacer por la causa es inmolarse, entregarles su cabeza, que me gustaría que acabara, literalmente, clavada en una pica. ¿Qué opinas?

Celebré su proyecto como si fuera el descubrimiento de la vacuna contra el cáncer: era obvio que de algo nos curaría. Desde entonces tecleamos espalda contra espalda, el ruido que hacemos al pensar se acopla y parecemos felices. Por las noches nos leemos lo que hemos escrito y él me pide consejo para sus escenas: ¿a qué teórica citarías aquí?, ¿cómo era eso que me explicaste sobre las contradicciones entre la teoría y el deseo? Iván me pone en boca de su personaje femenino y me gusta escucharme a través de ella, verme caricaturizada en un texto, como si mi

fetichismo por lo ficcional se saciara así del todo.

Lo único malo de nuestro sistema de escritura simultánea es que avanzamos a mil palabras por día y eso significa que me estoy acercando al hueso. No estoy haciendo literatura sino sesiones maratonianas de psicoanálisis y espiritismo. He comenzado a referirme a las personas *de verdad* por los sobrenombres que les doy en la novela y a experimentar los episodios que reelaboro como cosas que acabaran de ocurrir, así que termina octubre y en menos de un mes he vivido un divorcio, seis rupturas con un mismo tipo junto al que reescribí *Trainspotting*, el diagnóstico de cáncer terminal de mi tía, el suicidio de Gari, dos urgencias psiquiátricas, el accidente de Zuriñe, la portada de *El País* en la que me encontré con la foto de la ficha policial de Miren... Ya solo me falta la escena clave, la única que no tengo que recordar porque está siempre a mano, como mi nombre o mi número de DNI, y la única que no me atrevo a utilizar por miedo a que el daño se repita como farsa.

A medida que me acerco al desenlace, los problemas éticos se hacen más y más presentes. No tengo derecho a utilizar la experiencia de terceros para dar sentido a la propia, pero resulta imposible trazar la línea que me separa de los demás; soy todos los que me han contaminado; estoy hecha de préstamos y de hurtos y avanzo por un callejón sin salida, queriendo redimir mi culpa a través de un proceso que la renueva. Debería parar, pero no lo hago. Prefiero recrearme en loops de trauma y flagelación que enfrentarme a la bolsa de empleo del INEM, y prefiero hablar con los muertos que con los vivos. Así que sigo escribiendo hacia la colisión frontal, contándole a un lector imaginario lo que no tengo derecho de compartir con nadie. Tan solo me ampara un código que consiste en ser honesta en todo lo que me incumba y en omitir o desdibujar los hechos que no tenga permiso para compartir. Escribo tres versiones de esta misma historia antes de llegar a la definitiva, a la que cuenta la verdad sobre lo que yo hice y miente sobre todo lo demás. Se la leo a Iván en voz alta, con la boca seca y con el resuello de los fumadores sedentarios entre coma y coma. Dice así:

Recuerdo el lugar exacto en el que estaba la primera vez que recordé, junto a la ría, cerca del puente de San Antón. El bar todavía existe pero ha tenido muchos nombres y hace mucho que no tiene las paredes alicatadas con retratos de presos que te observan desde todos los ángulos, en blanco y negro o en color pero siempre jovencísimos, demasiado jóvenes para la madera de ataúd que enmarca sus caritas, la verdad, y demasiados para un cuchitril de doce metros cuadrados que los apiña como en una orla, dice Natalia, o como en el juego de quién es quién, dice Ine, o como se apiñaban las fotografías de bautizos, comuniones y bodas en el salón de mis vecinos, en aquella estancia enorme a la que no nos dejaban entrar porque a la madre de Garazi le parecía peligroso, pero ¿qué tendrá de peligroso un salón de abuelos? La veo a Mari Luz —tan ama de casa que siempre en casa y que, por tanto, mi segunda madre—, ahuyentándonos con un trapo de cocina que apesta, y a gritos con que hay un espejo muy alto y pesado que si se nos cae encima nos desgracia,

que veamos la televisión en su dormitorio, que juguemos por los pasillos o por el patio o por nuestro castillo mental de fantasía, joder, que comemos en cuarenta minutos. Y nos gustaba hacerla rabiar pero siempre obedecíamos, así que ¿cómo puedo recordar la decoración de aquella estancia en la que nunca estuve?

Mi primer tripi me golpeó con una demostración de cinematógrafo que se atasca, ralentizando las imágenes en movimiento, y se me aflojaron los músculos y la mandíbula y los miedos. Me recosté contra los encarcelados en los noventa, aristas entre los omóplatos, una bola de papel silbándome en la oreja, ¡no aplastes a mi aita, puta! Sonreí con los ojos cerrados y me sentí efervescente, invulnerable, capaz de recoger el bumerán que llevaba esquivando una década porque nunca iba a doler tan poco como entonces.

Y no es como lo he contado. Ni como se contaría con frases hechas. No me asaltó ni me atracó ni me encañonó ningún recuerdo. Recordar es como ver una película o como contarte la sinopsis de una película que viste hace mucho, y no hubo ni imágenes ni relatos. Fue un programa que se instala en un parpadeo, un mensaje que mueves de la bandeja de spam a la carpeta de Recibidos y que te arrepientes de haber abierto demasiado tarde, cuando ya ha contaminado todos los archivos de tu disco duro y de nada sirve retornarlo a su carpeta de origen.

No es como lo he contado, que era muy pequeña para entender lo que estaba viendo y que no lo asimilé hasta entonces, porque una vez que supe, lo supe todo: el sigilo con el que cerré la puerta del salón para que no me oyeran; la templanza con la que me despedí de Mari Luz y le dije la verdad, que me había quedado dormida viendo *Toy Story*, y la mentira, que Garazi seguía en la siesta y que a su padre no le había vuelto a ver desde que nos enchufara el VHS; y qué alivio al cambiar de puerta y refugiarme en mi propia casa, un alivio de fugitiva que ha dado esquinazo a la policía y no de quien se ha librado de algo malo.

Antes de no volver a pensar jamás en lo que había visto, lo seccioné como quien amplía una imagen hasta que solo se ve un detalle y me quedé con el recorte de un cuello de niña ensortijado entre dos dedos de adulto, una lengua lamiendo un mentón, y los labios inferiores de una boca que, sin lugar a dudas, esbozaba una sonrisa. A Garazi le gustaba lo que le estaban haciendo y yo le guardaba el secreto como una buena amiga. Garazi era una sucia y todos pensarían que yo también lo era si me chivaba. Aquello era un delito, pero moriría de vergüenza si me obligaban a decirlo en voz alta frente a mi madre, frente al psicólogo, frente al abogado, frente al juez... Ya conocía a los agentes del proceso y ya me conocía a mí misma: a la primera pregunta directa recularía para agrandar, o me encogería de hombros y murmuraría un vocablo borroso que ni que sí ni que no para que el interesado lo interpretara a su gusto y reformulara la pregunta dirigiéndome, haciéndolo fácil: asentir es lo fácil. Habían pasado tres años desde el proceso de custodia en el que consentí a los caprichos de mi biopadre, pero seguía siendo la misma que, a salvo en su habitación, planeaba discursos encendidos contra la justicia patriarcal —¿cómo es eso de que un

hombre nunca pierda los derechos sobre su prole?, ¿cómo es posible que se considere «padre» a quien nunca estuvo?— y luego, en directo y con público, solo vomitaba cortesías. La asertividad no la aprendí hasta que las mujeres me echaron de su templo y, para entonces, nos habíamos mudado de barrio y entre el conservatorio y el baile no sacaba tardes libres para quedar con mi antigua vecina que, seamos claros, nunca fue de mi rollo, mamá, y ahora sale con las del Carmen y lleva zapatos de chúpame la punta.

Mari Luz siguió felicitándome por mi cumpleaños hasta que cumplí los dieciocho. Supe que se divorció y me alegré por ella porque sí, porque todos los maridos de esa generación en la que las mujeres se quedaban en casa fregando son basura, porque la monogamia es basura, qué sé yo. Me encanta ese experimento con enfermos de amnesia anterógrada, la que borra la memoria a corto plazo, en el que el psiquiatra le pide al paciente que salga de la consulta y que vuelva a entrar. Al hacerlo, no recuerda el motivo por el que se levantó, pero sin pararse a mentir, seguro de sus palabras, contesta a la pregunta del médico: tenía hambre, tenía sed, necesitaba estirar las piernas... Así me explico a veces el pasado, la facilidad con la que desterré un suceso que me resultaba incómodo y conseguí que se quedara inmóvil, que no volviera ni se volviera evidente en los síntomas. Porque siempre hay síntomas.

Ama, ¿te acuerdas de aquel día de Reyes en el que acabé a patadas contra el árbol de Navidad? ¿Te acuerdas de cómo empezó la bronca? Deja que te refresque la memoria: Irune y Pedro desarrollaron sus regalos y a la niña le tocó un disfraz de Malú y al niño uno de Buzz Lightyear. Sí, la discusión fue sobre sexismo, y acabó con mi retórica adolescente de «yo no quiero celebrar las navidades y mucho menos el día de Reyes porque en mi país se celebra el Olentzero, españolistas de mierda», pero antes de llegar al paroxismo y antes incluso de que mi pobre prima se frustrara porque su princesa no traía ni arco ni flechas, yo ya temblaba de rabia. Durante años, el merchandising de *Toy Story* me funcionó como un disparador de testosterona, agresividad inmediata, la droga del soldado universal, y situaba el origen de mi fobia en aquella pelea, pero el origen fue otro. Ahora sé que odiaba la película porque se quedó asociada con Garazi, con la tarde en que la vimos juntas y yo vi lo que no debía. Si no me hubiera dormido, si me hubiera enganchado aquella estupidez sobre muñecos parlantes, no habría pasado lo que pasó, esto es, no me habría pasado a mí porque a ella le seguirá pasando en bucle, supongo, pero ya me conoces, solo veo mi culpa, mi mierda, mi dilema... Qué te voy a contar que no sepas, si me has parido.

Considerando que todo lo que dice o hace mi madre me molesta por norma, su forma de procesar mi revelación me molestó por encima de la media. Me indignó que se sorprendiera un poco, que se dejara afectar también, tan solo, un poco, y que todos sus esfuerzos se volcaran en consolarme: qué ibas a hacer, cariño, si erais unas crías. Sin embargo, termino de leer mi confesión y comprendo que lo único que espero de Iván es que haga precisamente eso, que se ponga de mi lado aunque ni siquiera yo esté de mi lado. Por desgracia, las cosas no salen como

espero. Ha bebido un poco y se deja llevar por la vehemencia y por esa voz de hombre que funciona como un software y me programa para el rol de la mujer en la tragedia heterosexual: antes de que diga nada, ya estoy llorando.

—Y llevas un mes llorando, fustigándote por lo injusta que eres con tu madre mientras te escondes de ella, reviviendo lo que ya no tiene solución, y ahora dices que este es el origen de todos tus males, pero no se te ha ocurrido buscar a Garazi, mirarle a los ojos y decirle que lo sientes, qué va, es mucho más fácil subirse al carro de la literatura quejumbrosa y escribir que sufres, sufres, sufres, sufres y que mira, mira, mira, yo también he visto cosas feas, más feas que tú, y las he recortado y pegado en un álbum y quiero que me aplaudan por ello.

A Iván no le gusta la literatura vivencial. A mí no me gusta lo que me dice. Llegaré a estar de acuerdo con él hasta el punto de escribir estas páginas para impugnar las anteriores, pero aquí y ahora solo siento que me he comido un derechazo a traición, y me deja aturdida, menos yo que nunca, o sea, sin saber qué decir. Solo articulo la lengua para decirle que se vaya y él me dice que ya se iba y sale con lo puesto y de un portazo en plena noche. No es la primera vez que lo hace; llevamos el teatro en la sangre. Doy por hecho que volverá enseguida, cuando se despeje del enfado y del alcohol con la humedad del paseo marítimo, pero no lo hace y me quedo dormida esperando. Al despertar, sigo sola y estoy *bien*. Me asomo a la terraza y soy capaz de fijar los ojos en la orilla y de no pensar en nada más que en la orilla. No sé si es porque no está Iván o porque me voy purgando de aquello sobre lo que escribo, pero es la primera vez en meses que tengo el cerebro fresco, sin los programas de alerta ejecutándose en segundo plano. Ignoro una llamada entrante que tal vez sea una disculpa. Dejo que muera y silencio el móvil.

Sin que nadie me interrumpa, termino mi borrador en cuestión de días y me dispongo a disfrutar del ocio en mis propios términos. Duermo hasta tarde, limpio la casa, organizo los armarios y, en un altillo, encuentro un alijo de hilos y lanas del antiguo taller de confección del abuelo. Me traen a la memoria imágenes de mi infancia, de cuando me escondía bajo la mesa de patronaje para que las costureras no me besaran los hoyuelos, y de las propias costureras, de lo rápido que se movían sus manos como en el truco de un ilusionista que hace chas y convierte una hebra en un corpiño. Lo sé al instante: he descubierto la terapia ocupacional que me guiará a través de esta transición hacia la vida adulta, el placebo con el que me acostumbraré a vivir sin estudiar.

Aprendo crochet con tutoriales de YouTube como hace años, cuando trabajaba de au pair en Inglaterra, aprendí a planchar camisas y trajes de señor. Punto por punto, siento que heredo un saber secreto, un amuleto familiar, pero mi abuelo nunca tejió con sus propias manos; él diseñaba y cortaba los patrones y sus empleadas se encargaban del resto de los pasos que mediaban entre la idea y el producto. Así que el legado que recojo es necesariamente matrilineo: minucioso, sin reconocimiento, y delicado, de araña o de abeja. Después de meses al margen de la actualidad, vivo con el televisor siempre encendido, retransmitiendo programas de tertulias, y compruebo

que, con mi labor en el regazo, no me indigna tanto esa cantinela de Podemos sobre la feminización de la política. Igual es cierto que conviene igualar por debajo, revalorizar la artesanía y reírse del arte. Igual es cierto que todos deberíamos aprender a tejer. A mí me está ayudando a distanciarme de mí misma, a embarcarme en aventuras paranormales en las que me miro desde fuera y lo que veo me resulta sorprendente porque no estoy acostumbrada a mi envoltorio. No conozco bien sus límites, ni sus posturas por inercia, ni su olor en reposo y sin camuflajes químicos. De tanto pensar la realidad como discurso y el cuerpo como argumento que justifica la desigualdad, se me olvidó que existía. Regreso a él ahora que no se mide con el de Iván ni con ningún otro.

Sola en esta casa, entre urbanizaciones desiertas, a media hora del núcleo urbano y sin apenas salir a la calle, mi estado es el más parecido al de ese estado natural, previo a la cultura, que predicán y buscan los antropólogos estructuralistas. Así soy cuando nadie me observa: me enfundo en mallas de ciclismo y camisetas térmicas con las que también duermo, voy descalza, con calcetines desiguales, mi pelo desaparece en un moño austero en la nuca, no cocino, el suelo se llena de bragas, solo limpio regularmente el baño y la cocina. No me exfolio ni hidrato la cara y el aspecto de mi piel es el mismo de antes. Me dejo crecer las uñas y se rompen por sí mismas, supongo que por falta de hierro. Duermo en postura fetal y, en esta postura más que en ninguna otra, no parezco un ejemplar adulto de mi especie. Estoy sin sexar, como un niño. Un niño salvaje. Pero que sangra.

Mi cuerpo reinicia la rutina que lleva repitiendo desde que tengo once años. La primera vez me sorprendió de vacaciones en el pueblo. No estaba mi madre y no había compresas en la casa. Mi abuela improvisó un apaño con gasas quirúrgicas y me explicó los rudimentos del ciclo menstrual. Entendí que, a partir de entonces, iba a sangrar veintiocho días de cada mes, y me aferré a la esperanza de esos tres días de tregua para contener el llanto. Mis conocimientos sobre la fisiología reproductiva no han mejorado mucho porque ya se sabe que destierro del orden de lo presente todo aquello que no me gusta. Siempre he sido muy despistada y, confirmando la teoría psicoanalítica, se puede acceder a mi inconsciente a través de mis olvidos: algo que jamás recuerdo es la fecha de mi último periodo. Cuando estoy a punto de sangrar, me avisa el dolor. Aquí llega. Tengo la fantasía de que en mi bajo vientre anida un monstruo que permanece aletargado la mayor parte del tiempo pero que a veces despierta y arremete a arañazos contra las paredes de su cárcel. Se tranquiliza con el ibuprofeno y el vino tinto, pero no me quedan reservas de ninguna de las dos cosas y no me siento con fuerzas para caminar hasta el supermercado; los calambres irradian y llegan a mis muslos como corrientes de anestesia.

Mi primera menstruación no dolió. Pero al cabo de unos días vino mi madre con regalos y comida como para una fiesta de cumpleaños y dijo la frase más terrible: ya eres una mujer. Si fuera cierto que los cólicos menstruales son psicósomáticos, aquel sería el instante en el que se

gestó el síntoma. De esta forma, mi útero se contraería más de lo debido porque no solo intenta expulsar el endometrio, sino el significante mismo que se me impuso al sangrar. Pero ya está bien. No quiero seguir revelándome. Quiero que pare el dolor. Entro en internet en busca de algún remedio natural y los primeros artículos que encuentro me dicen lo que ya me han dicho media docena de ginecólogos: lo que me pasa es *normal*, esto es, frecuente, y se alivia tomando anticonceptivos hormonales. Fue lo que hice entre los dieciséis y los veintidós años. No me resistí a la medicalización porque sonaba lógico que ser mujer fuera algo de lo que tuvieran que curarme y cómo extraño a veces aquel organismo sintético de humor estable y pechos rellenos, pero por más que una esté en este mundo para desdecirse, algunas decisiones han de ser férreas. Falté a mi palabra de no volver al paradigma heterosexual —y he cosechado la esquizofrenia de la que me advertían—, pero los otros dos compromisos que adquirí durante mi inmersión en los estudios de género se mantienen. No patrocino al sector cárnico y no consumo estrógenos de laboratorio. Dadme otra solución, amigas, hermanas. Ahora soy una de vosotras.

Tras los artículos patrocinados por las farmacéuticas, en los abismos del SEO, tímidamente, se abre paso la insumisión. Me despojo de todos mis prejuicios y accedo a un carnaval en los márgenes del discurso sancionado por la ciencia, de doulas, sexólogas y brujas que riegan la huerta con sangre menstrual, un fertilizante perfecto por su alto contenido en nitrógeno e hidrógeno. Al parecer, también contiene células madre, y saltan anuncios de empresas especializadas en su almacenaje, y recetas para fabricar mascarillas faciales y capilares. «Resignificación», «revalorización» y «desestigmatización» se repiten con una sonoridad monstruosa pero convincente, como un encantamiento que me arrastra de enlace en enlace hasta que aterrizo en la web de Erika Irusta. Me da la bienvenida con contundencia:

No estás loca, eres cíclica.

Y ser cíclica en esta sociedad duele.

Sin embargo, la menstruación no es el problema.

Tú no eres el problema.

El problema es quien menstrúa en esta sociedad.

Vivimos en la periferia de nuestro cuerpo.

Pero esto acaba hoy aquí.

Irusta dice que puede ayudarme, pero que tengo que empezar por el principio, por la lección de anatomía. He visto cómo es mi cuerpo por fuera. Ahora me voy a reconocer por dentro. Lo poco que sé sobre lo invisible me lo han enseñado las drogas. Sé que mi cuerpo oculta un laboratorio ilegal de anfetaminas, opiáceos y adrenalínicos. Ahora aprendo que los dispensa en función de un calendario propio. Él lleva las cuentas. Estamos a 5 de octubre, pero el mes comienza aquí, con estas gotas de sangre que arañan y erigen el primer peldaño de una escalera ascendente. Es la fase folicular. Durante los próximos diez días, mis niveles de estrógenos se elevarán poco a poco,

arrastrando consigo a una hormona que no sabía que tuviera porque es la que define a mi antítesis, pero cuyos efectos conozco por Beatriz Preciado: la testosterona es biococaína. Llegará a su pico más alto en los días previos a la ovulación y, tras esta, emprenderé el descenso. La fase lútea que acaba con la menstruación está marcada por la progesterona, cuyos efectos son muy distintos, de coffee shop, de pastilla para dormir después del after. Mi ciclo es una extrapolación de las juergas de mis veintipocos. Y tiene todo el sentido del mundo que así sea.

Todavía no he encontrado alivio para mis cólicos, pero hace una hora que no pensaba en ellos. Es como si el dolor, que se sabe muy pensado, retrocediera ante toda esta información que me obstinaba en ignorar, o como si solo hubiera existido para llamar mi atención sobre lo que ignoraba. Resulta que el flujo blanquecino que a veces me ensucia los muslos se llama flujo cervical, que mi temperatura sube medio grado después de la ovulación, que los cambios de humor existen y que los chistes misóginos se equivocan: no estamos con la regla; estamos hartas de tanto imbécil, pero si nuestras hormonas tuvieran que ver con nuestro enfado, tampoco sería por la menstruación sino por el síndrome que la precede y es fruto de la interacción entre la progesterona y el cortisol, fruto de los encargos que tenemos que aceptar para que compense la cuota de autónomos, de no saber con quién dejamos a nuestros hijos mientras cuidamos de nuestros enfermos, de adelantarnos a los deseos de los demás, de sonreír sin tregua, de que no haya tregua. Me sonroja este movimiento del yo a nosotras con el que me apropio de las cargas de mi madre, pero es el comienzo de algo nuevo. He derrumbado el muro cartesiano, la barra oblicua del binario cuerpo y mente. Acepto mi piel, y acepto su lucha.

Cuando entro en Twitter a satisfacer mis necesidades de socialización diarias, me encuentro con que las tendencias han cambiado. A mediados de octubre, con Puigdemont recién huido en Bélgica, parecía imposible que nada compitiera en interés mediático con la gran tragedia territorial, pero las brigadas feministas consiguen alzarse al podio de los trending topics y descubro que sus gritos contra la última columna de Javier Marías me interpelan más que los gritos por la independencia, más que los ecos del pasado de Euskadi en el presente de Cataluña y mucho más que cualquiera de los temas que aparecen en la novela de tema vasco que acabo de publicar y con la que no me identifico en absoluto. No sé si han dejado de interesarme las patrias o si he cambiado de patria, pero sé que nunca antes había estado tan cerca del origen de los incendios. Mi actualidad no se decide a miles de tuits de distancia sino que nace en los muros de periodistas y escritoras a las que admiro. La poeta María Sánchez, por ejemplo, ha viralizado el hashtag #HayMujeresColumnistas para denunciar un congreso de periodismo de opinión en cuyo cartel solo figuran hombres, algunos de ellos amigos a los que ofende que secunde una campaña que los señala.

¿Acaso tú no has asistido a congresos en los que la nómina femenina era irrisoria?

¿Por qué no los denunciaste entonces?

¿Por qué aceptaste ir?

Después de escribir mis confesiones, creía que ya no me quedaba nada sustancial por recordar, pero sigo rescatando escenas que se conservaban vírgenes, sin análisis reciente, como la de aquella primera entrevista que me hicieron a los diecinueve años y que salió publicada en un medio importante con toda clase de detalles bochornosos sobre mi vida personal, o la del presentador que me introdujo en una mesa redonda haciendo chistes sobre mis piernas. Al día siguiente, rechacé una invitación del área de Igualdad del Ayuntamiento para participar en un coloquio sobre el machismo en el mundo literario. Fue de las pocas veces en las que la indignación se impuso a mi necesidad de ser amable a toda costa y me expresé muy rotunda en contra de aquellos aquelarres de victimización. Yo no había sufrido ningún tipo de trato discriminatorio por mi diagnóstico de género. Como mucho, me había beneficiado del mismo, porque ¿habría publicado tan pronto de no haber sido una chica joven medianamente atractiva? Estaba segura de que no. Mi opinión sobre las cuotas había sido bastante superficial hasta que las polémicas virtuales me han hecho analizar la cuestión con la minuciosidad de quien no tiene otra cosa en la que ocuparse. Antes pensaba que no se puede forzar la historia. Que la historia se tiene que entender, y si se entiende, es lógico que haya menos escritoras que escritores porque no se nos educa para buscar la tribuna pública, ni para escalar a codazos. Cualquier estadística que no dibuje lo que existe es una estadística que renuncia a la meritocracia.

¿Meritoqué?

He tardado diez años de lecturas, y fiestas, y conversaciones con las mejores mentes de mi época en entender que el avatar de hombre es el traje nuevo del emperador, o el plumaje de los pavos reales: gestos aprendidos que se perciben como talento y que, en su ausencia, lo suplen. Mi propio y escasísimo caché como mujer que escribe se ha desmoronado desde que dejé de escribir como los chicos: con voces falsamente neutrales, con personajes que pasan de puntillas por su género y se hermanan desde la hiperviolencia y las parafilias. Eso es lo que los editores que no publican a mujeres quieren que escribamos las mujeres. Los editores que no publican a mujeres andan locos por publicar a mujeres que escriban de una determinada manera, para refrendar que la subjetividad masculina es la subjetividad universal. Sus autores pueden ser sentimentales e intimistas, pero sus autoras siempre estarán estancadas en la impostura de lo masculino.

Ya no me sorprende que la lucha contra el terrorismo se fije tanto en las redes sociales; las redes radicalizan como una visión del infierno, como el pentatol sódico o como la telepatía, que es el superpoder que más destruye a los superhéroes porque nadie soporta la crudeza de un monólogo interior, lo que tu vecino piensa de ti, lo que tu país piensa de los inmigrantes, lo que los hombres piensan de las mujeres... El día en que arranca el juicio contra La Manada tejo frente al televisor hasta que me brota un callo en el dedo con el que manejo las agujas. Entonces sustituyo el work-in-progress de una boina por el smartphone, y cuando caigo en la cuenta llevo

tres horas leyendo los mil y pico comentarios que ha suscitado el resumen del caso en un periódico online. Ya no recordaba los detalles, ni que me causara particular disgusto cuando se produjo, pero ahora que es congruente con mi fijación temática, ahora que sí me dejó interpelar, confluyo en el cuerpo jurídico de la fiscalía y pido la pena máxima para los cinco hijos de puta que violaron a una chica de dieciocho años y grabaron la agresión para alardear de ella en su grupo de WhatsApp. Los hechos se produjeron en los Sanfermines de 2016, en la madrugada del 7 de julio, cuando la víctima se alejaba de la zona de fiestas, de vuelta al coche. Los encausados se ofrecieron a acompañarla y, de camino, se colaron en un portal. Pensando que la invitaban a fumarse un porro, la chica entró voluntariamente con ellos para verse arrinconada en un descansillo en el que, sin mediar pregunta, le desabrocharon el sujetador y le pusieron una polla en la boca. Lo más increíble del caso es que tanto la acusación como la defensa han presentado los vídeos como prueba. Donde unos ven a una adolescente en estado de shock, los otros ven consentimiento, porque no se resiste, ni llora, ni dice ni hace. Tiene los ojos cerrados y se comporta como si no estuviera allí, disociando.

Parece mentira, pero el cuerpo de una adolescente penetrada oral, vaginal y analmente por cinco desconocidos constituye uno de esos signos que representan un valor y su contrario, como la palabra griega *pharmakon*, veneno y antídoto; como las anfetaminas, Adderall y speed, o como el *homo sacer*, sagrado y execrable, ni vivo ni muerto. Si pudiera tomar distancia, si entrara en el plano de reflexiones sin afectos al que me transportan mis rosarios de puntos de crochet, intentaría recordar si fue Derrida o Agamben quien definió estos significantes de polisemia contradictoria como marcadores de inestabilidad sistémica, las grietas por las que se resquebrajan las civilizaciones. Si me escindiera en narradora de mí misma y suspendiera la escena con un análisis, sostendría que la cultura de la violación es al patriarcado lo que el tráfico de drogas ilegales al capitalismo: la mancha de sol que mutará en cáncer de piel. Y jugaría a hacer observaciones originales, como que la escisión entre mente y cuerpo explica la fantasía de control que le permite a la víctima de una *gang-rape* sobrevivir al trauma y la fantasía sexual que los violadores cumplen con ella, reduciéndola a objeto que existe para ser usado.

Fuera del texto se me ocurren muchas cosas, pero en el presente virtual por el que me arrastra esta línea no tienen cabida las piruetas intelectuales. Soy toda incredulidad y arcadas; no quiero seguir leyendo, pero no puedo parar de leer. Soy el europeo estándar ante su televisor el 11-S, una espectadora profesional que confunde el terror con las películas de terror, y en las películas de terror el miedo forma parte del espectáculo. Así que sigo cargando comentarios en los que la cibermasa pone en duda el testimonio de la víctima de Sanfermines y el de las víctimas de violación en general, respaldando sus argumentos con multitud de enlaces a un mismo caso de falsa denuncia; comentarios en los que prosperan las teorías más inverosímiles —está claro que ella quería con todos pero 1) se enteró de que había vídeos y, antes de que se difundieran,

denunció para que no la tomaran por guarra, 2) se sintió despechada porque la dejaron tirada en el portal sin despedirse, 3) las mujeres hacen estas cosas para llamar la atención—; comentarios que parecen advertencias —si no dicen que no, es consentido—; comentarios que se desatan en enfáticas mayúsculas —PORQUE SI AHORA TE PUEDEN ACUSAR DE VIOLACIÓN AUNQUE NO TE HAYAN DICHO QUE NO, ¿EN QUÉ SITUACIÓN NOS DEJA ESO?—, sembrando la duda sobre la inocencia del emisor —¿CÓMO VOY A SABER SI VIOLÓ?—, y comentarios que rompen con la hegemonía —si tienes dudas, no folles— y me recuerdan que no estoy sola frente al espectáculo.

La radiografía sociológica que he descrito se repite en cada foro de opinión de los principales medios digitales, en las tertulias televisivas y también en Twitter y en Facebook, si bien las poblaciones más selectivas de las redes ofrecen una representación equilibrada de las dos posturas en conflicto: la que no concibe el consentimiento y la que no halla indicios de lo contrario, la que ve tortura y la que ve vídeo porno, la que distingue realidad de fantasía y la que solo ve porno. «Cultura de la violación» es el análisis y el veredicto que más se repite entre las feministas, pero poco acostumbrada a manejar el concepto —reverbera con los prejuicios que aún me inspira el feminismo abolicionista de los setenta, aunque esta fobia tiene los días contados— describo el paisaje con las herramientas de mi oficio y proclamo la derrota de lo literario. El lector ha muerto. Una de las réplicas que más me impacta es la de un antiguo profesor del colegio —uno de esos entrañables usuarios que postean fotografías de sus hijos, y sentencias de superación y esperanza y haikus— que entiende mi postura, dice, pero es que me temo que no conoce usted a los adolescentes de hoy en día; ya le digo yo que no son como los de antes, y esas prácticas que a nosotros nos resultan asquerosas forman parte del repertorio habitual de los jóvenes, que siguen modas que ven por internet. No es el único que me acusa de prejuizar a los agresores por mojigata —que a ti no te gusten las orgías, ni las dobles penetraciones, ni practicar besos negros ni felaciones profundas no significa que no haya mujer a la que le gusten, ¿vale?—, pero me impresiona la facilidad con la que un educador descarta la posibilidad de la empatía.

El fallo del sistema que se está revelando es un fracaso de la imaginación. Demasiados hombres (y varias mujeres) se muestran incapaces de encarnar la alteridad más sutil. No son filósofos relativistas de los que cuestionan el carácter transcultural de los derechos humanos; no niegan que su experiencia como occidentales pueda ser extrapolable a la de las africanas que defienden la ablación, qué va. El salto que les parece imposible es el que los separa de una estudiante universitaria de la Carlos III. Y siendo la mayoría madrileños e instruidos, solo es otredad porque es joven y, por encima de todo, mujer. En mi ensimismamiento teórico, nunca concebí que mientras yo replicaba la filogenia del feminismo en mi ontogenia, pasando por todas las casillas desde la alienación hasta el futurismo posgénero y de allí, lentamente, de vuelta al cuerpo, afuera, lejos del campus, cristalizaba la diferencia más radical, la que permite que el

torturador torture y el esclavista esclavice y los hombres duden sobre si una chica sodomizada a la fuerza grita de placer o de dolor.

No hagas con el prójimo lo que no quieras que hagan contigo, salvo si el prójimo es ella, porque quién sabe lo que quieren las mujeres.

Me viene a la cabeza el relato artúrico que aparece en *Los cuentos de Canterbury* sobre «un caballero joven y alegre» que un día, montado en su caballo, «se topó casualmente con una doncella que iba sin compañía y, a pesar de que ella se defendió como pudo, le arrebató la doncella a viva fuerza». La «violación causó un gran revuelo» y llegaron muchas peticiones de justicia al rey, que, finalmente, puso el destino del caballero en manos de su esposa. La reina decidió que le perdonaría la vida si al cabo de un año regresaba a la corte con la respuesta a la cuestión de todas las cuestiones: «¿Qué es lo que las mujeres desean con mayor vehemencia?». El caballero recorrió el reino, visitando cada lugar donde creyó que podrían ayudarlo, y solo obtuvo opiniones contradictorias: que si dinero, que si halagos, que si la honra... Pero cuando se cumplía el plazo que se le había concedido, se encontró con una bruja vieja que, a cambio de que el caballero, con infinito asco, la desposara, le resolvió el acertijo: las mujeres desean ejercer autoridad sobre sus esposos y amantes, tener poder sobre ellos. La reina dio por válida esta respuesta y quizás lo fuera en el siglo XIV, pero dudo que las cosas sean tan fáciles ahora que la opresión es invisible. El debate sobre el consentimiento está poniendo en duda el «no es no» que nos construye como sujetos que permiten la penetración en vez de deseársela, pero, demasiadas veces, lo normativo y lo identitario confluyen. *Every woman adores a fascist, the boot in the face*, la sumisión en la sangre porque el género proviene de un sistema de control panóptico, porque somos ese control. Nada me asusta más que la genealogía de mis prácticas sexuales, el origen de los gestos que me excitan —la mano de un hombre apretándome el cuello, mi mano apretando el cuello de una mujer—, y no es el momento, siquiera, de enunciarlo. Todo cuanto digamos será utilizado en nuestra contra para sembrar la duda sobre si la víctima de una violación múltiple podría haber disfrutado y, además, no creo que el deseo se pueda encaminar desde el discurso. Sin embargo, por la noche, cuando me acuesto con el ordenador junto a la almohada y abro XVideos, la previsualización de los hits de búsquedas me quitan las ganas de tocarme. *Gang-bang rape* es la etiqueta más popular del día.

En lo que duran las vistas, el juicio contra La Manada continúa revolviendo los cimientos más atávicos de la psique colectiva y yo, junto al sismógrafo, registro cada incidencia. Sigo la cobertura mediática desde los programas matutinos de tertulias hasta los telediarios de la noche, leo los artículos de opinión que publican feministas sin pedigrí académico a las que siempre había ignorado, tomo ideas, rebato ideas, matizo ideas y, con cada nueva síntesis, actualizo el código con el que intento descifrar el ruido. Los ajustes reducen las interferencias hasta que alcanzo una

noción precisa de la toxicidad en la que se hunden mis pies, y una fe mesiánica en el protocolo de desinfección a seguir. Es como si toda la basura dispersa se uniera en torno a un mismo eje y todas las luchas se volvieran la misma lucha. Es lo de siempre que vuelve nuevo, mejorado por la pieza que me faltaba. Resulta que la violación no era la consecuencia sino el origen mismo del patriarcado, la amenaza que nos constituye mujeres, o sea, cuerpos a explotar.

El primer indicio lo encuentro en el testimonio de una víctima de trata que describe el sistema que utilizan los proxenetas en las zonas rurales de Rumanía. Como sufren el rechazo de la comunidad, las víctimas de agresiones sexuales son particularmente susceptibles a la captación y por eso las propias mafias que luego las prostituyen son las que las violan de adolescentes. El mecanismo es tan eficaz que tiene que existir a gran escala, ejecutado por agentes que ignoran el plan maestro como los consumidores egoístas del *laissez faire*; millones de crímenes sexuales al servicio de una mano invisible que nos hace agachar la cabeza. Enseguida encuentro las fuentes que confirman mi intuición. Rita Laura Segato, que entrevistó a multitud de violadores encarcelados en Brasil, refiere «la perplejidad» que se repite en los testimonios de estos hombres. Cuando reelaboran sus crímenes, no son capaces de entender la fuerza que los impulsó a cometerlos. Muchos confiesan que ni siquiera se sentían atraídos por sus víctimas. Los guiaba una motivación que no es instrumental en el sentido de que no ganaban nada para sí mismos, pero sí para los suyos. Son los siervos del Estado Fállico.

Pienso en los atentados que hemos sufrido en Europa, en la insistencia con la que las autoridades nos han apremiado a seguir con nuestras vidas porque si dejamos que el miedo coarte nuestra libertad, los terroristas ganan, y luego pienso en las campañas de prevención con las que esas mismas autoridades llevan décadas bombardeando a las mujeres. La más reciente, dirigida a menores de edad, relacionaba el consumo de alcohol y drogas con el riesgo de sufrir agresiones sexuales. De la yihad nos protege el Estado, pero de sus hijos nos tenemos que proteger nosotras. Cuando trabajaba en la tesis, analicé multitud de vídeos del ISIS que hacían guiños a cabeceras de series estadounidenses y espectacularizaban la violencia con estrategias similares a las del cine de terror. No reparé en que el cine de terror lleva décadas funcionando como propaganda del patriarcado, de *Psicosis* a *Viernes 13*, persiguiendo a rubias virginales con cuchillos y sierras eléctricas, violándolas en pasos subterráneos y callejones oscuros, propagando miedo. De los muchos frentes históricos del feminismo, las agresiones sexuales jamás me parecieron prioritarias a pesar de que atraviesan casi todos los episodios que agrupé en mi novelita confesional bajo la etiqueta de la culpa. De las muchas instituciones que he malinterpretado o descrito con las gafas de no ver, ninguna ha comprometido mi inteligencia tanto como la violación. Mis grandes hits al respecto contienen piezas de sabiduría como las siguientes: «El único motivo por el que una agresión sexual es más dolorosa que un robo con violencia es la significación cultural de deshonra que le damos», «En México, las víctimas no se avergüenzan de serlo y la experiencia es menos

traumática», «Me parece que es un crimen que se castiga con penas excesivas», «El final de la novela es brillante, me encanta esa escena en la que el protagonista acompaña a la chica al baile de disfraces y se presta a ser su novio para expiar simbólicamente su culpa por haber participado en la violación», «Cuando vivía en Granada, un hombre me intentó violar porque me lo merecía, por justicia poética» y «A mi mejor amiga de la infancia la violó su padre porque yo no hice nada por evitarlo».

La enumeración deja al desnudo la lógica con la que he intentado narrarme. Soy la víctima perversa del sistema, la que carga con los muertos de los demás para satisfacer sus fantasías masoquistas y se confiesa más culpable que los culpables. Lo veo tan claro ahora que parece mentira que incurriera en mi error durante doscientas páginas, aunque no soy la única. Por mucho que le irritara mi solipsismo, tampoco Iván entendió su alcance, lo que significa una historia de violencia estructural que se narra como un drama privado, en círculos concéntricos que empiezan y acaban en una misma. Tenía razón en algunas cosas, eso sí. No debería haber escrito sobre Garazi en lugar de escribir para ella. Pero lo que más me duele es que no le dediqué una sola página a quien le hizo daño. Ni siquiera recuerdo el nombre de su padre. Debería averiguarlo y consagrarle mi obra magna, un libro de sortilegios y maldiciones, rimas fáciles para que los niños lo injurien mientras saltan a la comba, y miles de microrrelatos en los que muere miles de muertes distintas, resucitando para una nueva agonía como en los videojuegos y en los castigos mitológicos. Así se hace justicia desde la ficción. Desde el ensayo se apunta más lejos, más allá de los nombres propios, y desde lo biográfico empiezo a pensar que no se puede hacer mucho más que constatar el equívoco, lo absurdo de haber intentado ser cadáver y forense al mismo tiempo.

En todo caso, me gustan los libros que se escriben para retractarse. Tengo sobre las rodillas el estudio pionero de Susan Brownmiller sobre violencia sexual, *Against Our Will*, cuyo prólogo termina con la siguiente frase: «I wrote this book because I am a woman who changed her mind about rape». La haría propia si no fuera porque yo he cambiado de parecer con respecto a casi todo, y apenas voy cogiendo carrerilla.

Aixa de la Cruz firma una adictiva y brutal crónica en primera persona sobre su paso a la treintena. *Cambiar de idea* es un giro radical en la escritura de su autora, un punto de inflexión idóneo para reflexionar sobre el paso a la edad adulta.

Cubierta

«He tardado diez años de lecturas, y fiestas, y conversaciones con las mejores mentes de mi época en entender que el avatar de hombre es el traje nuevo del emperador [...]. Mi propio y escasísimo caché como mujer que escribe se ha desmoronado desde que dejé de escribir como los chicos: con voces falsamente neutrales, con personajes que pasan de puntillas por su género y se hermanan desde la hiperviolencia y las parafilias. Eso es lo que

los editores que no publican a mujeres quieren que escribamos las mujeres. Los editores que no publican a mujeres andan locos por publicar a mujeres que escriban de una determinada manera, para refrendar que la subjetividad masculina es la subjetividad universal. Sus autores pueden ser sentimentales e intimistas, pero sus autoras siempre estarán estancadas en la impostura de lo masculino.»

A punto de cumplir los treinta, Aixa de la Cruz pone en marcha la escritura de unas memorias que recorren algunos de los momentos más significativos de su vida: desde el día en que una de sus mejores amigas sufre un fatídico accidente de coche hasta el divorcio de la autora; desde las consecuencias de escribir una tesis doctoral hasta sus relaciones sexuales con otras mujeres; desde una infancia en la que maduró sin un «biopadre» hasta su descubrimiento del feminismo.

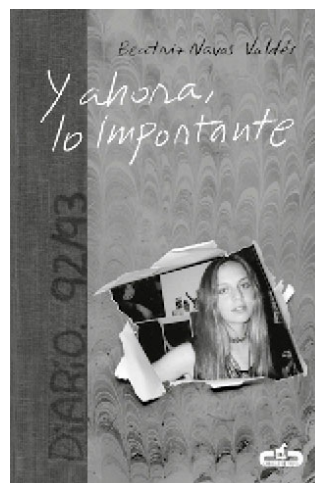
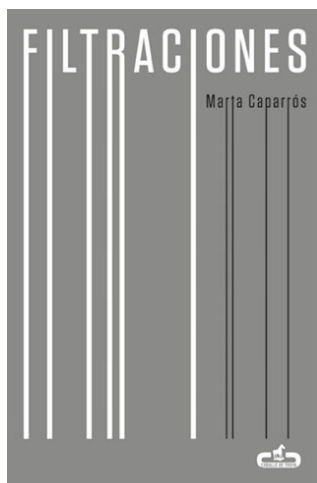
Cambiar de idea ofrece una escritura hipnótica que va mucho más allá de la simple exposición de la primera persona: el relato del yo sirve para vehicular agudas reflexiones sobre diferentes temas de calado social y para desplegar un estilo literario rico y combativo, que posiciona a Aixa de la Cruz no ya como una de las mejores narradoras de su generación, sino también —y sobre todo— como una pensadora brillante.

Aixa de la Cruz (Bilbao, 1988) es licenciada en Filología Inglesa y doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Ha publicado las novelas *De música ligera* (451 Editores, 2009) y *La línea del frente* (Salto de Página, 2017), el libro de cuentos *Modelos animales* (Salto de Página, 2015) y *Diccionario en guerra* (La Caja Books, 2018), una propuesta híbrida de ficción y no ficción sobre feminismo. Asimismo, ha participado en diversas antologías, entre las que destaca la selección de escritores europeos en lengua inglesa *Best European Fiction* (Dalkey Archive, 2015).



@aixadelacruz

Si te ha gustado *Cambiar de idea*, te recomendamos:





Para entrar o salir de la ciudad sitiada

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

La acústica de los iglús. *Almudena Sánchez*

Felipón. *David Muñoz Mateos*

La hija del comunista. *Aroa Moreno Durán*

Televisión. *María Cabrera*

Animal doméstico. *Mario Hinojos*

Madre mía. *Florencia del campo*

En la ciudad líquida. *Marta Rebón*

Y ahora lo importante. *Beatriz Navas Valdés*

Las ventajas de la vida en el campo. *Pilar Fraile*

Umbra. *Silvia Terrón*

Maratón balcánico. *Miguel Roán*

Game Boy. *Víctor Parkas*



Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Aixa de la Cruz

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Escalpez

Fotografía de portada: © Isabel Wageman

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-10-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cambiar de idea

Accidente

Mi problema con las mujeres

Temblor

Justicia poética

Crónica sevillana

Cambiar de idea

Sobre este libro

Sobre Aixa de la Cruz

Si te ha gustado «Cambiar de idea»...

Últimos títulos publicados

Entra en la ciudad sitiada

Créditos